

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

La gata ladrona

Brigitte se va a encargar de encontrar las joyas de unos amigos de tío Charlie, sobre todo una muy especial, La Medalla de Honor del Congreso. Estas joyas han sido robadas por un ladrón… o por una gata ladrona.



Lou Carrigan

La gata ladrona

Brigitte en acción - 138

ePub r1.0
Titivillus 08-11-2017

Lou Carrigan, 1971
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Desde una de las ventanas de la fastuosa mansión de Beverly Hills, la colina donde viven los auténticos millonarios del cine, el mayordomo vio acercarse el taxi que le habían anunciado por el teléfono interior desde la entrada protegida por verjas. Lo estuvo mirando recorriendo el sendero que discurría entre jardines magníficos. Lo vio detenerse frente a la escalinata de la mansión blanquísima, enorme, lujosísima.

Entonces, muy dignamente, se apartó de la ventana. De ninguna manera habría estado bien que quien llegaba le viese fisgando tras los cristales, como un vulgar criado. Se dirigió a una de las cornucopias, se miró en el espejo y casi sonrió, complacido y hasta halagado de su aspecto. Un aspecto imponente, formidable. A fin de cuentas, él estaba contento de ser mayordomo y de parecerlo al primer golpe de vista… Oyó marcharse el taxi, y, casi al mismo tiempo, el sonido del carrillón que indicaba que alguien llamaba a la puerta.

Muy tieso, muy estirado, con la expresión severa del mayordomo importante, fue a abrir. Lo hizo manteniendo la barbilla en alto, dando a sus ojos aquella inexpresividad que a tantos y tantos visitantes había cohibido.

Abrió la puerta y su mirada se dignó bajar de las nubes para posarse en el mísero mortal que se atrevía a llamar a la puerta de uno de los millonarios más millonarios de Beverly Hills.

Y entonces…, ¡booommm!, allí acabó todo. Dejó de mantener la barbilla en alto, dejó de mostrarse tan estirado y altivo, dejó de parecer el más indiferente de los hombres… Y hasta, casi, casi, dejó de respirar, para, al instante siguiente, notar cómo la cabeza comenzaba a darle vueltas. Hasta que, por fin, pudo murmurar:

—Dios bendito…

—¿Es esta la mansión del señor Carmody? —sonrió la visitante.

Cuando ella sonrió, el mayordomo tuvo la sensación de que el cielo azul se convertía en rosa, y que los pajarillos cantaban más alegremente. Todavía atónito, estuvo contemplándola unos segundos. Y no sólo atónito, sino incrédulo. A lo mejor estaba soñando. ¡Claro, eso debía ser…! Porque aquella visión, sólo podía pertenecer a un sueño. Él, que tantas y tantas guapísimas estrellas del cine había visto, sabía que aquella belleza no podía ser real. Qué demonios, a fin de cuentas, hasta la belleza tiene un límite y él creía haberla ya conocido. Pero, es bien cierto que el hombre nunca acaba de aprender. Siempre, siempre, hay algo mejor en la vida. Y si no, allá tenía a aquella muchacha… Jamás, jamás, había visto unos ojos tan tremendamente grandes, bellos y azules como aquéllos. Jamás, jamás, había visto una figura tan dulce y bien proporcionada como aquella. Jamás, jamás, había visto a una estrella de cine tan elegantísima y bellísima como aquella en todos los detalles: el ligero vestido de color azul que dejaba al descubierto los hombros y tenía un escote tremendo, los zapatitos que hacían juego, el precioso maletín rojo con florecillas azules que sostenía en la manita izquierda, la suavidad magnífica de su maquillaje de día… ¿Y la boca? ¡Demonios, aquella boquita sonrosada, dulce, sonriente…! ¿Y el hoyuelo graciosísimo en la barbilla? ¿Y aquella magnífica mata de cabellos negros, largos…?

—¿El señor Carmody vive aquí? —insistió la muchacha.

¡Plof! La fantástica burbuja de dorados sueños reventó y el mayordomo enrojeció entonces, atrapado de lleno en el mutismo de la más grande admiración que había sentido en su vida.

—Perdón —casi gimió—. Sí, sí, en efecto… Vive aquí.

—¿Será tan amable de decirle que ha llegado la persona cuya visita le anunciaron desde Nueva York?

—Inmediatamente. Tenga la bondad de pasar…

La muchacha entró y cuando el mayordomo la vio caminar, el colapso cardíaco estuvo a punto de producirse en su alborotado pecho… Pero vio la maleta en el suelo, frente a la puerta y recordó de pronto sus obligaciones. Cuando la recogió, para entrarla en la casa, sólo una cosa lamentaba el mayordomo de la fastuosa mansión… Sólo una cosa en toda su vida: haber nacido veinte años antes. ¡Ah, si él tuviera en aquellos momentos treinta o treinta y cinco años…! ¡Ah, demonios! Pero había que resignarse. De todos

modos, una cosa era segura: si el señor Carmody había estado buscando una nueva estrella para sus películas, ya no tendría que buscar más.

—¿Su nombre, por favor?

—Dígale simplemente que me envía Charles Alan Pitzer, de Nueva York.

—Sí, por supuesto… Con permiso…

Dejó a la bellísima, encantadora, divina criatura mirando a todos lados, con aprobación un tanto indiferente y se dirigió a la doble gran puerta de la izquierda. Llamó, entró…, y salió segundos después, acercándose a la muchacha, ya bastante recuperado.

—Tenga la bondad… El señor la está esperando.

—Gracias.

La muchacha fue introducida en el fantástico salón, la doble puerta fue cerrada…, y, por primera vez en su vida, el mayordomo se sintió triste por tener que quedarse afuera. Mientras tanto, la muchacha, tras una veloz mirada alrededor, dirigía sus sensacionales ojos hacia el hombre alto, atlético, de grises cabellos y airoso porte que caminaba hacia ella, dejando atrás, sentada en un sofá a una dama elegantísima, muy bella, pero ya de lleno en la edad madura, como él mismo. Tenía unos extraordinarios ojos grises, que miraban de frente, como si quisiera taladrar cuanto veía ante él. Una frente ancha, despejada, noble. Su boca, empero, parecía dura, de luchador y lo mismo su sólida barbilla cuadrada, firmísima.

El hombre estaba un poco desconcertado, pero tendió su mano y su apretón fue firme, seco, varonil, muy agradable.

—Soy Wilson B. Carmody, señorita —musitó—. Permítame presentarle a mi esposa.

—Encantada… ¿Cómo está, señora Carmody?

—Espléndidamente, gracias —sonrió la dama del sofá—. ¿Ha tenido buen viaje?

—Sí, por supuesto; gracias. Tienen ustedes una mansión maravillosa.

—Así lo pensamos. Es usted muy amable al decirlo… ¿Quiere tomar algo? ¿Un aperitivo, quizá?

—Más adelante, si no le importa, señora. Opino que antes deberíamos… conversar sobre el motivo de mi presencia aquí. ¿No

está de acuerdo, señor Carmody?

—Pues… Sí. Evidentemente. Sin embargo… ¿Dice usted que la envía Charles? Me refiero a…

—A Charles Alan Pitzer, naturalmente. En efecto, me envía él. Y yo entendí que usted estaría esperándome.

—Bueno… Nosotros estábamos esperando al enviado de Charles, desde luego. Pero… creíamos que sería un hombre.

—¡Oh…! Lo lamento de veras. Tío Char… El señor Pitzer solamente me dijo que viniera aquí, y que usted me pondría al corriente del asunto. Sólo eso.

—Y a mí solamente me dijo que me quedase tranquilo, que me iba a enviar a la persona que resolvería todos mis problemas. Parece que ha habido una confusión, señorita… señorita…

—Brigitte Montfort.

—¿La periodista? —exclamó la señora Carmody.

—En efecto. Es usted muy amable al identificarme, señora.

—¡Pero querida…! ¿Quién no ha oído su nombre en Estados Unidos? Oh, vamos, usted debe estar al corriente de su fama no sólo en el país, sino en todas las publicaciones de noticias del mundo entero…

—Ciertamente, estoy enterada —sonrió la señorita Montfort—. Pero no debo ir alardeando de ello, ¿no cree, señora?

Mistress Carmody se echó a reír, mientras su marido fruncía el ceño, si bien un tanto simpáticamente.

—También yo soy un gran admirador de sus artículos, como mi esposa, señorita Montfort. Es más, incluso recuerdo que fue usted coronada reina[1]. En aquellas fechas estuve tentado de irla a buscar para ofrecerle un contrato para varias películas de mi productora. Quiero decir, en cuanto usted abdicó, naturalmente. Pero me pareció que una ex-reina tan reciente no se plegaría a trabajar en el cine.

—Entiendo… ¿Quizá espera usted que ahora sí acepte un papel de *starlett*, señor Carmody?

—No, no… Ya le digo que esperaba a un hombre…

—¿Por qué motivo? Las mujeres también sabemos resolver problemas, señor Carmody. A veces, mejor que los hombres.

—Sí, claro… Pero, según qué problemas, no son… aptos para mujeres.

Brigitte Montfort, alias Baby, la más astuta, audaz y peligrosa espía de todos los tiempos, sonrió dulcemente.

—Es posible que tenga razón —admitió—. Bien… Ya que, según parece, mi presencia no va a resultar útil, buscaré un hotel…

—¡De ninguna manera! —Enrojeció Wilson B. Carmody—. Usted es mi invitada, señorita Montfort. Oh, vamos… Quizá ha interpretado mal mis palabras, pero…

—Señor Carmody: yo nunca interpreto mal nada. Soy una profesional de la expresión, sea escrita o hablada. Lo entiendo todo y sé decirlo todo, punto por punto. El señor Pitzer me dijo que usted era un gran amigo personal suyo de hace muchos años, que estaba en un apuro y que hiciese el favor, personalísimo y por amistad a él, de venir a ayudarlo. Acepté por ser usted tan gran amigo del señor Pitzer, se lo aseguro. Pero, si usted considera que no soy apta para el asunto, yo… tengo mucho trabajo en Nueva York.

Los Carmody cambiaron una mirada. De pronto, él volvió a enrojecer.

—Ni siquiera le he pedido que se siente. Por favor, señorita Montfort…

Brigitte se sentó en un sillón y aprobó la actitud de Carmody, que miró con agrado sus piernas, pero sin expresiones… poco elegantes. Durante unos segundos, los tres permanecieron en silencio. Brigitte encendió un cigarrillo, calmosamente y su mirada fue de nuevo al muy apuesto Wilson B. Carmody. Sí… Debía tener la edad de tío Charlie, aproximadamente, pero había una gran diferencia entre ellos. Tío Charlie era pequeño, seco, feo…

—Entiendo que Charles tiene una floristería en Nueva York —dijo de pronto Carmody.

—Así es. Hace tiempo que es mi proveedor habitual.

—Ah… Bueno, me estoy preguntando si no será usted una… mujer-policía, o algo así, señorita Montfort.

—¿Yo? ¿Una mujer-policía? ¿Por qué piensa eso?

—Pues… Creo que Charles anda metido en cosas así. Consultor de la Policía, o algo parecido…

—¿No lo sabe usted exactamente?

—Pues no. Charles siempre fue muy discreto. Un hombre… un tanto raro, incluso cuando estuvimos combatiendo en Europa. Imagino que sabe usted que ambos fuimos comandantes de la USAF

durante la Segunda Guerra Mundial.

—Algo de eso tengo entendido.

—Sí… Él siempre fue un poco… raro. Muy discreto, callado… Incluso diría que un poco… taimado. Claro que —sonrió espontáneamente— esta es una personal y amistosa opinión mía.

—Acaba usted de describir al señor Pitzer —sonrió Brigitte—. Oh, vamos, señor Carmody: ¿hablamos en serio o no?

—Bien… Quizá lo haya leído usted en los periódicos: desde hace algún tiempo, se vienen sucediendo importantes robos de joyas en Los Angeles, especialmente en Beverly Hills, Hollywood, Santa Mónica… Lo robado asciende ya a muchos millones de dólares.

—Algo de eso he leído, sí. ¿Y bien?

—Bueno… Hace tres noches, nos robaron a nosotros, señorita Montfort.

—¡Ah!

—Supongo que la cuestión no le parece demasiado importante. Las joyas de mi esposa robadas están valoradas en ochocientos mil dólares…

—Es una cantidad digna de ser tenida en cuenta —deslizó Brigitte—. Pero imagino que las tendrían ustedes aseguradas.

—Por supuesto. Se está ya tramitando el pago por medio de la compañía aseguradora, naturalmente. Mientras tanto la policía está realizando toda una serie de investigaciones… que, como en los casos anteriores, tememos que no conduzca a nada.

—Nadie es infalible. ¿Por qué habría de serlo la policía?

—Sí, sí, comprendemos eso, señorita Montfort. Pero… queremos recuperar esas joyas.

Brigitte se quedó mirando, atónita, a Wilson B. Carmody. Luego, dedicó toda su atención visual a su cigarrillo.

—¿Usted quería que el señor Pitzer le enviase a alguien capaz de recuperar sus joyas, señor Carmody?

—Sí. Por eso, pienso que Charles se ha equivocado al enviarla a usted.

La divina espía frunció el ceño. ¿Equivocarse tío Charlie? Posible, desde luego. Pero extraño… Muy extraño. Y más extraño aún en una cosa tan sencilla. ¿Tenía sentido que tío Charlie, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, enviase nada menos que a la agente Baby a recuperar unas joyas? Y como favor personal,

además…

—¿Qué tenían de especial esas joyas? —musitó.

De nuevo cambiaron los Carmody una mirada.

—Eran joyas corrientes, de acuerdo a su precio, se entiende —murmuró la dama—. Todas, excepto una. Esa es la que Wilson quiere recuperar. Las otras, tanto a él como a mí, nos tienen sin cuidado. Son sólo joyas, señorita Montfort.

—Tenemos el mismo punto de vista, señora —asintió Brigitte—. Bien, ¿qué joya es la especial?

—La Medalla de Honor del Congreso. Usted sabe que es la más alta condecoración que se otorga en nuestro país.

—Lo sé, en efecto. ¿Le concedieron a usted esa medalla, señor Carmody?

—Sí… Bueno, eso fue hace años, claro…

—Pero eso no le quita la menor importancia —sonrió Brigitte—. La modestia está bien, señor Carmody, pero sin exageraciones. Si le dieron esa medalla, mucho tuvo que hacer usted por la patria.

—Hice lo que pude —casi se sonrojó Carmody—. Como otros muchos. Charles entre ellos.

La espía quedó estupefacta.

—¿El señor Pitzer tiene la Medalla de Honor del Congreso? —exclamó.

—Desde luego.

—¡Jamás me habló de ello!

—Bueno, no es cosa que uno tenga que ir diciendo por ahí, me parece. Además, ya hemos hablado de Charles, tan reservado…

—Sí, sí… ¡Pero debió decírmelo a mí, en alguna ocasión! Ya me vengaré de él por este silencio, ya… Mmmm… Bueno, señor Carmody, según entiendo, durante la Segunda Guerra Mundial, ustedes dos fueron héroes.

—No hay que exagerar —enrojeció de nuevo Carmody.

—¿Exagerar? Vamos, vamos, esa medalla no se la dan a cualquiera. ¡Por Dios, no se debe ser tan modesto…! Bien está ser discreto, pero hay que aceptar los elogios que nos dirigen cuando los hemos merecido con riesgo de la vida y en beneficio de la patria.

—¿Te das cuenta? —exclamó *mistress* Carmody—. ¡Siempre te dije que tenías que lucir más esa medalla!

—Está bien, mujer, está bien… Ya sabes cómo soy… No me importa lucirla por cualquier motivo, pero… es mía. Como bien ha dicho la señorita Montfort —su gesto se tornó, de pronto, frío, casi iracundo—, la gané con riesgo de mi vida en repetidas ocasiones. Esa medalla es mía, es parte de mi vida… Y yo la quiero. Poco me importan esas malditas joyas, ni el dinero de la compañía de seguros… Tengo dinero para comprarte joyas mejores que esas y en más cantidad. Pero nadie, nunca, me dará otra Medalla de Honor del Congreso. No sé si puedes entender esto, Wanda.

Mistress Carmody parecía no saber qué decir, pero la señorita Montfort sí supo:

—Las dos entendemos muy bien, señor Carmody. ¿Quiere llamar para que me lleven a mis habitaciones?

Carmody la miró vivamente.

—¿Va a quedarse, entonces?

—Alguien tiene que recuperar su medalla, ¿no?

—¿De veras espera conseguirlo?

—El señor Pitzer cree que sí, y yo no quisiera hacerle quedar mal.

Wilson B. Carmody estuvo unos segundos mirando muy fijamente aquellos tremendos ojos azules, de belleza sin par. Los estuvo mirando de verdad, hacia dentro, hacia el fondo… De pronto, fue hacia el cordón de seda, tiró de él, y casi en el acto, la doble puerta se abrió y apareció el mayordomo.

—¿Señor?

—Acompañe a la señorita Montfort a sus habitaciones, Phil. Unas de las del jardín. Va a quedarse con nosotros por tiempo indefinido… Y advierta a toda la servidumbre de que cualquier cosa que ella desee, sea lo que sea, es como si lo desease yo mismo. Cualquier cosa, Phil. ¿Entendido?

—Sí señor, desde luego.

—Almorzamos a la una, señorita Montfort, si esa hora le va bien a usted.

—A mí me va bien cualquier hora, señor Carmody. Hasta luego.

El mayordomo se apartó, cediéndole el paso. Recogió la maleta de la espía… y poco después la depositaba en las habitaciones que le habían destinado a ésta, en el primer piso, al que se llegaba por una impresionante escalera de mármol. Phil descorrió las cortinas,

mientras Brigitte echaba un vistazo a las dos habitaciones en las que viviría «por tiempo indefinido». Todo era magnífico, decorado en tonos rosa, incluso en el tapizado de los muebles. La categoría y lujo de aquella mansión era tal que podía considerarse satisfecha. Había una enorme terraza que daba al jardín, en el cual se veía la piscina, de forma irregular, curvilínea, y, más allá, dos pistas de tenis…

—¿Desea alguna cosa, señorita Montfort?

Se volvió, sonriendo.

—Por ahora no, Phil. Gracias. Espero no molestar demasiado.

—Será un placer atenderla.

—Es usted muy amable, Phil. Puede retirarse.

—Siempre a su servicio…

El mayordomo se retiró y la espía se quedó mirando los bellos jardines, durante un par de minutos. Por fin, entró en sus habitaciones, sonriendo ante la idea de que allí pudieran haber colocado micrófonos. Casi se echó a reír. Desde luego, esta iba a ser una de las más inofensivas aventuras de su vida…

Estaba colocando sus vestidos en el armario cuando oyó la discretísima llamada a la puerta.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar, señorita Montfort?

Ella misma abrió la puerta, con cortés sonrisa en los labios.

—Naturalmente, señora Carmody: como si estuviera en su casa.

La dama entró riendo y se dejó caer en una butaquita del saloncito.

—Ya he observado que tiene usted un agradable sentido del humor, querida. ¿Le gustan sus habitaciones? Si necesita algo…

—Todo está muy bien, señora.

—Lo celebro. Oh, quizá la estoy interrumpiendo… Querrá usted bañarse, sin duda…

—Siempre me las arreglo para tener tiempo de todo… ¿Quería usted decirme algo?

La dama la miró como sobresaltada.

—¿Yo? —musitó.

—Usted, señora.

—Bien… Oh, es usted… muy penetrante, ¿verdad? ¿Puedo ayudarla en algo?

—Estaba colocando mis cosas en el armario —sonrió la espía—. Puede ayudarme, si lo desea.

—¡Oh!, sí… Sí, eso haremos.

Pasaron al dormitorio y Brigitte continuó colocando sus pocos vestidos en el armario. *Mistress* Carmody, que se los iba pasando cuidadosamente, comentó:

—No ha traído usted mucho equipaje…

—Me pareció que sería suficiente.

—Normalmente, sí. Pero quizá le gustaría asistir a algunas fiestas estos días… Podríamos ir al Boulevard Wilshire esta misma tarde, a hacer algunas compras, si le parece. Naturalmente, todos los gastos que usted realice durante su estancia aquí… —La dama se sonrió al captar la fría mirada de la espía—. Perdone. Yo… estaba olvidando que usted es una… invitada que ha venido aquí para hacer un favor personal a Charles y a mi esposo…

—No tiene importancia, señora. Y aun pagando yo, me encantaría ir de compras a Wilshire Boulevard.

—Qué maletín tan precioso… ¿Lleva sus joyas ahí?

—No —Brigitte abrió el maletín rojo con florecillas azules—. Aquí sólo llevo mi… tocador móvil.

—¡Oh!, es encantador… ¿«Angel Face» o «Hardin»?

—¡«Dubois», de París! Los maquillajes franceses me agradan especialmente.

—Lo comprendo, sí… ¡Ah, estas deben ser sus joyas…!

Brigitte abrió un pequeño maletín de terciopelo.

—Ahora sí —sonrió—. Poca cosa, como ve, señora. No me gusta ir… demasiado cargada.

—Ya estoy comprendiendo que su gusto es exquisito en todo. Y lo celebro. Por otra parte, usted es tan joven y bonita que con estas pocas joyas tendrá más que suficiente para ganarse la admiración de todos… Y sin joyas.

—Es usted muy amable, señora. Bien… Parece que todo está en orden. Detesto el desorden. ¿Qué quería pedirme?

—Espero que haya disculpado el carácter un tanto… impetuoso de Wilson. Aunque ya tiene más de cincuenta años, él…

—Señora Carmody, el carácter de su marido me parece no sólo agradable, sino perfecto para un hombre que hace veinticinco años consiguió la Medalla de Honor del Congreso. Ni tiene usted que

disculparlo ante mí, ni ha venido a eso. ¿Por qué no hablamos claro?

—De acuerdo —suspiró la dama—. He venido a decirle que usted va a encontrar la medalla de mi marido.

Brigitte entornó los ojos.

—No sé si la entiendo —murmuró—. Aún no he empezado a buscarla.

—Ocurra lo que ocurra, usted la encontrará, señorita Montfort.

—Ni siquiera yo estoy segura de eso. ¿Cómo puede estarlo usted?

—Bien… Hace casi treinta años que nos casamos Wilson y yo y aunque pueda parecerle una tontería, yo… le amo todavía. No… No he debido decir «todavía». Le amo más que nunca, señorita Montfort.

—No me parece ninguna tontería —sonrió la divina.

—Gracias. Por eso, usted va a encontrar la medalla… Me explicaré —alzó una mano—. Mi joyero es… un auténtico artista, se lo aseguro. Estoy segura de que realizaría un artístico trabajo si yo se lo pido… ¿Me va comprendiendo usted?

—Ahora, sí. Usted quiere encargarle que haga una medalla nueva y que yo simule, a su debido tiempo, que he podido recuperarla.

—Sí.

La mirada de Brigitte se dulcificó.

—Es una solución que tendremos en cuenta, señora Carmody. Pero lamento enterarme de que su esposo es tonto.

—¡Oh! ¿Quiere decir que… que él se daría… cuenta de…?

—Temo que sí.

—Dios mío… Él está tan triste y tan furioso a la vez… Todavía tiene una pistola, no sé de dónde la ha sacado… Temo que… que intente algo descabellado… Usted no puede imaginarse lo que esa medalla significa para él…

Brigitte pensó en la medalla que tiempo atrás le habían entregado, enviada expresamente por el Presidente de los Estados Unidos. Y sonrió suavemente.

—Procuraré comprender eso, señora. ¿Sabe lo que más me gusta de esta habitación?

—No —se desconcertó la dama—. ¿Qué es?

—Ese diminuto y encantador florerito de cristal… Espero que sea de Bohemia.

—Sí… Por supuesto que lo es. Si le gusta, puede quedárselo…

—Así lo haré, abusando de su generosidad… Pero será cuando le entregue la medalla de su esposo.

—Es un cambio en el que saldré ganando —murmuró *mistress* Carmody.

—Ambas ganaremos. Bien, creo que esta parte del asunto está aclarada entre nosotras, señora. Emmm… ¿Podrían conseguirme un coche?

—Le dejaré uno de los míos…

—No, no. Un coche que nadie pueda identificar como perteneciente a esta casa. Un coche alquilado sería lo mejor.

—Nuestro chófer se encargará de eso. Tendrá usted el coche aquí después de la siesta.

—Deberá ser antes, señora. Y hoy no tendremos siesta. Ustedes y yo tenemos mucho que hablar después del almuerzo, a fin de ponerme al corriente de todo lo relacionado con esos robos.

—Como guste. Será mejor así, porque podremos ir más temprano de compras a Wilshire Boulevard.

—Tampoco hoy habrá compras, señora. Quizá mañana. Necesito todo un día para situarme, para ambientarme en este asunto —sonrió como divertida—. Le aseguro que los robos de joyas no son precisamente mi especialidad.

—¿Pero espera recuperar la medalla de Wilson?

—Sin lugar a dudas.

—Bien… Haremos las cosas como usted diga —se puso en pie y se dirigió a la salida del dormitorio—. Es usted una jovencita muy extraña, querida.

—Eso sí es cierto —casi rió Brigitte.

Mistress Carmody salió de las habitaciones y poco después la agente Baby se metía en la bañera, dispuesta a quitarse el polvo del viaje, como suele decirse.

Capítulo II

Entonces…, ¿todavía no ha aparecido ninguna de las joyas robadas?

Carmody movió negativamente la cabeza.

—No. La policía ha movilizado a sus confidentes de esta clase de asuntos, por si algunos han podido ver alguna de esas joyas, aunque fuese desmontada, pero no han obtenido resultados. Desde que se iniciaron los robos, han detenido a los… especialistas, interrogado cientos de sospechosos… Nada. Parece ser que la persona o personas que están realizando esos robos tienen mucha paciencia para esperar a vender las joyas cuando les parezca prudente.

—Entiendo. ¿La policía piensa que todos los robos son obra de la misma o las mismas personas?

—Desde luego.

—¿Por qué?

—Supongo que porque todos los robos tienen las mismas características.

La espía encendió un cigarrillo, mientras miraba complacida a su alrededor. Estaban en la terraza, tomando café y licores y el ambiente no podía ser más apacible y grato. Los grandes cristales que cerraban la terraza circular anexa al grandioso comedor estaban tan limpios que parecían no existir.

—¿Qué características?

—Bien… Normalmente, todos los que vivimos en Beverly Hills tenemos unos buenos sistemas de alarma en la casa. Eso ha sido siempre, pero todos extremamos las precauciones después de lo que ocurrió con Sharon Tate, aquella horrible masacre… Pues a pesar de los formidables sistemas de alarma, el ladrón o ladrones han conseguido entrar, abrir la caja fuerte y llevarse las joyas.

—Entiendo. ¿Dinero no?

—También, por supuesto. Dinero y joyas.

—¿Valores cotizables y cosas así no se llevan nunca?

—Nunca.

—¿Y cómo entran en las casas? ¿Ha averiguado eso la policía?

—Sí. Pero de nada les sirve. La opinión es que si el ladrón tuviera un sistema fijo, sería más fácil montar el sistema de seguridad. Pero no. Entra por cualquier parte: una ventana, la puerta principal en ocasiones, el tejado…

—¿Y nunca suena la alarma?

—Nunca.

—¿Tampoco ha sido visto jamás ese ladrón por nadie?

—Tampoco.

—Entonces, debo entender que solamente roba en las casas en las que no hay nadie.

—Así es. Bueno, se entiende que no están los dueños de la casa, pero sí la servidumbre.

—¿Y la servidumbre nunca ha visto al ladrón, no se han enterado de nada, no han podido dar ninguna pista…?

—No. El ladrón entra en la casa, roba lo que quiere, se va y nadie se entera de nada hasta que el dueño de la casa abre su caja fuerte.

—Caramba… Hace falta ser un gato para conseguir eso, ¿no le parece? Dígame, ¿por qué no suena el sistema de alarma?

—Lo desconecta.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo.

Brigitte quedó pensativa unos segundos. Por fin, murmuró:

—Sí… Un gato muy ágil y listo… Supongo que a ustedes y sobre todo a la policía ya se les ha ocurrido pensar que ese ladrón tiene que ser alguien que conozca bien estas mansiones y que, quizá, incluso esté al corriente de sus sistemas de alarma. También debe saber dónde tienen las cajas fuertes, cuándo no están los dueños de la casa y los criados se han retirado a descansar… ¿Se les ha ocurrido, señor Carmody?

—Desde luego.

—¿Y aún así nadie ha podido tener la más pequeña idea que sirva para sospechar de alguien?

—No. Como es natural, la policía siempre dice que está sobre la pista, pero… ya no lo creemos. ¿Qué pista han de tener? Ese ladrón, ese… gato, como usted dice, nunca deja huellas de ninguna clase.

Es… como si no hubiera pasado siquiera. Sí… Yo creo que usted ha encontrado la palabra adecuada: gato. Y digo gato porque no se me ocurre en este momento ningún animal tan sigiloso.

—A mí sí se me ocurre uno: la pantera. Son como… de la misma familia. Sólo que la pantera es más peligrosa. Veamos: estas son las listas que le he pedido… Muy bien. Las marcadas con un rombo son las mansiones que ya han sido visitadas y saqueadas por el ladrón. Las marcadas con un círculo son las que aún no han tenido ese… honor. ¿No se olvida ninguna?

—Quizá sí. Hay muchas mansiones en las colinas. Seguiré pensando y le proporcionaré otra lista si recuerdo algo más.

—Muy bien. En el caso de ustedes: ¿por dónde entró el ladrón, concretamente?

—Por el tejado.

—Asombroso… Y admirable. No es fácil llegar al tejado de una casa como esta, desde el jardín. Iré a echar un vistazo. También lo haré con la caja fuerte, si no le importa.

—Le diré dónde está…

—No se moleste. La encontraré… Lamento haberles privado de su siesta —sonrió—. Pero así están más despejados para atender la visita.

—¿Qué visita? —se sorprendió *mistress* Carmody.

—La que está llegando en un auto. Adiós.

Brigitte se alejó del matrimonio, que quedaron mirándose, desconcertados. Y todavía no habían cambiado ningún comentario cuando, en efecto, un auto de color gris perla, fastuoso, aparecía por el sendero, directo hacia la casa.

—Esa muchacha debe ser adivina —musitó Carmody.

—Debe haber oído el coche.

—¿Oírlo? Oh, vamos, querida… ¡Eso es imposible!

—Quizá no lo sea para ella. Bien… Creo que es Sheila quien llega… Atendámosla mientras la señorita Montfort inspecciona… lo que guste.

* * *

La señorita Montfort entró en el salón media hora más tarde, sonriente y tranquila como si no hubiera escalado un tejado y

abierto una caja fuerte de las más difíciles. Su mirada fue primero hacia la enjoyada dama de edad madura que, ciertamente, hacía los máximos esfuerzos para aparecer mucho más joven de lo que era. Esfuerzos que podían tener sentido si se consideraba la edad del apuesto, atlético y bello muchacho que tenía junto a ella en el sofá, tomándole una mano. Al verla entrar a ella, el muchacho se puso en pie velozmente, soltando la mano de la dama, que le dirigió una torva mirada.

—Me voy, señor Carmody —dijo la divina—. Y es muy posible que no esté aquí a la hora de la cena.

—¡Oh!, bien —Carmody se había puesto también en pie, naturalmente—. Señorita Montfort, permítame presentarle a *miss*
O'Hara.
Sheila
O'Hara…
Estoy seguro de que la habrá visto en alguna de sus numerosas películas.

—En efecto —parpadeó Brigitte—. Y fui una gran admiradora suya, *miss*
O'Hara.

—¿Ya no? —susurró la dama.

—¡Oh!, pues… La verdad es que hace tiempo que no voy al cine tanto como me gustaría. Temo que no estoy al corriente de las últimas producciones.

—Es usted muy discreta —casi rió Sheila
O'Hara
—. Lo cierto es que hace años que no protagonizo ninguna película. Los años no pasan en vano… Ahora soy parte integrante de la productora de Wilson… Algo así como socios, ¿no es cierto, Wilson? Y temo que voy a disgustarme contigo, querido: ¿por qué no me avisaste de que habías encontrado una nueva estrella de tanto… resplandor?

Brigitte se echó a reír, divertida.

—Que amabilidad la suya, *miss*
O'Hara…
Sin embargo, temo que se equivoca: no soy una chica que quiere ser estrella. Solamente una periodista que está aquí dispuesta a trabajar. Cosas de mi jefe: le ha dado por publicar una serie de

reportajes sobre los millonarios del cine y me envió a ver al señor Carmody, que ha sido tan amable de ofrecerse a ayudarme.

—¿De veras? —exclamó la O'Hara—. ¡Pero querida, usted está perdiendo el tiempo escribiendo en los periódicos…! Estoy segura de que Wilson haría de usted la estrella más famosa del mundo en muy poco tiempo… ¿No es cierto, Wilson?

—Sin duda —sonrió Carmody—. Pero la señorita Montfort no parece sentir deseos de ser estrella. Oh, él es Dino Moranti, un nuevo actor que dará mucho que hablar: tiene un gran futuro en el cine.

—Gracias a mí —dijo rápidamente la O'Hara.

Dino Moranti enrojeció y tendió su diestra a Brigitte.

—Encantado —masculló.

—Lo mismo digo —lo miró irónicamente Brigitte—. Bien… Ya nos veremos en otra ocasión, *miss* O'Hara…

—¿Por qué tanta prisa? —protestó la madura actriz—. Vamos, vamos, siéntese con nosotros y así Dino podrá disfrutar… visualmente de su belleza. ¿Quiere un cigarrillo?

Brigitte miró de reojo al mortificado Moranti, cuyo gesto no podía ser más sombrío.

—No, gracias. Debo marcharme…

—¡Pero querida, le estoy ofreciendo un cigarrillo de marihuana…! ¿Acaso no le gusta?

—Temo que no, *miss* O'Hara.

Ésta se quedó mirando a Brigitte; encendió un cigarrillo, tras haber ofrecido a los presentes, que negaron con la cabeza. Sus ojos todavía bellos se clavaron de pronto en los de Brigitte.

—¿Le parece inmoral fumar marihuana? —preguntó.

—En absoluto. Lo que me parece es poco saludable. Es mucho menos perjudicial fumar tabaco, según parece.

—Ah… ¿Y qué me dice del cáncer?

—No sé. No le conozco.

Dino Moranti se echó a reír ante la respuesta de la bellísima joven, pero su risa se cortó pronto bajo la fría mirada de Sheila

O’Hara,
que murmuró:

—Es usted muy ingeniosa… Espero que acepte acudir a mi fiesta de mañana por la noche, será una auténtica sensación entre mis invitados.

—Iré con gusto…, si dispongo de tiempo. Ha sido un placer, *miss* O’Hara.
Señor Moranti… Hasta luego.

—¡Qué gran personalidad tiene esa joven! —exclamó Sheila O’Hara,
cuando Brigitte se hubo marchado—. Y es muy hermosa… ¿Verdad, Dino?

—Verdad. Para mí, es la mujer más bonita que pueda buscarse.

—¿Sí? Pues olvídala, querido, en beneficio mío… O eso, o volverás a ser electricista de la productora, en lugar de un prometedor astro. No sé si me explico.

—Te explicas muy bien —palideció Moranti.

—Magnífico. Entonces, olvidemos a esa señorita Montfort, toma mi mano y sigamos preparando la fiesta para mañana…

* * *

La perspectiva de una fiesta a celebrarse la noche siguiente le parecía formidable a Brigitte. Si había fiesta, habría invitados. Si había invitados, habría casas cuyas cajas fuertes podían ser saqueadas. Muchas casas. Muchas cajas fuertes. Demasiadas para poder tomar ninguna medida. Ciertamente, los invitados a la fiesta tendrían todos el temor de que aquella noche les robaran a ellos y, por consiguiente, habrían tomado las máximas precauciones…, que, al parecer, nunca eran suficientes para impedir que el ladrón de joyas hiciera lo que le viniera en gana.

Un astuto y agilísimo ladrón, capaz de escalar los más difíciles lugares y de abrir las más complicadas cajas fuertes. Ella había abierto la de los Carmody, tras encontrarla sin grandes dificultades y su admiración hacia el ladrón subió aún más, pues no fue precisamente sencillo y eso, teniendo en cuenta que ella era una experta espía, capaz de abrir cualquier puerta, por difícil que pareciera. Lo de escalar tejados o terrazas estaba más al alcance de

cualquier vulgar ladrón, que sólo tenía que ser ágil. Pero, abrir la caja fuerte de los Carmody, por ejemplo, requería un gran conocimiento en aquella clase de trabajos. Un profesional, desde luego. Un inteligentísimo, taimado, sigiloso profesional… ¿O varios? ¿Una banda de ladrones de joyas? ¿Por qué no?

Suspiró, tomó las listas que le había facilitado Carmody, e hizo una crucecita junto a otra de las direcciones. Era ya la séptima mansión que vigilaba aquella tarde y seguía con la desagradable impresión de que estaba perdiendo el tiempo, pues nada ganaba examinando de lejos, desde fuera, las mansiones de Beverly Hills. ¿Acaso tenía realmente la absurda esperanza de que, viéndolas, pudiera adivinar cuál sería la más propicia, la elegida por el ladrón, para el siguiente robo? Las siete que había visto eran prácticamente iguales en su dificultad para escalar el tejado o desconectar la alarma…

—Es absurdo —refunfuñó—. Estoy perdiendo el tiempo. Pero por algo debo empezar…

Había otra cosa, además, si veía las mansiones antes del robo, quizá ella pudiera encontrar algo interesante después del robo. Su mirada era poco menos que fotográfica, su memoria respecto a los detalles era sencillamente fabulosa. Su capacidad de deducción rebasaba las posibilidades de cualquier persona normal, incluso de muchísimos policías profesionales. Sí… Quizá después del robo ella pudiera obtener conclusiones que a nadie se le ocurrirían. Por algo su mente era… retorcida. Mente de espía: tortuosa, maquiavélica, acostumbrada a recapacitar sobre hechos y detalles que jamás se dan en la vida de quienes no han practicado el espionaje profesional, auténtico, en misiones que pueden costar la vida…

Volvió a suspirar, dejó las listas en el asiento contiguo, se acomodó ante el volante y puso el motor en marcha. Comenzó a rodar suavemente por la amplia avenida, pensativa. Todavía quedaba la suficiente luz de día para poder examinar un par de mansiones más. Y a la mañana siguiente salvo que se le ocurriese alguna idea mejor, se dedicaría a lo mismo. En realidad, lo único que la alegraba un poco era la perspectiva de la fiesta a la noche siguiente. Sí: si había una fiesta, habría invitados. Casas sin los dueños, sirvientes que dormían… Quizá al día siguiente podría empezar a trabajar en serio, siempre y cuando se cometiera un

robo. Le disgustaba perder el tiempo en un caso de tan poca importancia y no había que olvidar que en cualquier momento, *Mr.* Cavanagh podía requerir los servicios de la agente Baby, en cuyo caso, ella tendría que abandonar la búsqueda de las joyas. Claro que podría volver y…

Su mirada, que por tres veces había subido rápidamente al espejo retrovisor, quedó finalmente fija en éste. Su ceño se frunció. Y por último, una seca sonrisa apareció en los sonrosados, dulcísimos labios.

Divertido.

Muy divertido.

La estaban siguiendo. ¿O quizá no?

Dobló la primera esquina, hacia la derecha, enfilando otra avenida en la cual, según la lista de Carmody, había otra de las mansiones en las cuales aún no habían robado. Pasó de largo por delante de esta mansión, la rodeó, regresó a la misma avenida de antes, fue hacia la izquierda, regresó de nuevo a la misma avenida… y en todo momento, el oscuro coche «Ford», grande, descomunal, viejo y sucio, estuvo tras ella, siempre a la misma distancia.

—Fantástico —casi rió la espía—. O al volante de ese coche hay un mico tonto, o alguien que en su vida se ha dedicado a cosas como esta. Veamos hasta qué punto es listo.

Apretó la marcha y el otro coche aumentó también la velocidad. No podía ver al conductor, debido al reflejo del cristal, pero sí podía convencerse de sus anteriores pensamientos: o era un mico tonto o un completo novato.

—Después de hoy serás todo un veterano —volvió a reír Brigitte.

Aceleró aún más, giró a la derecha, luego a la izquierda, de nuevo a la derecha… Se detuvo en varias ocasiones y el coche perseguidor hizo lo mismo… Finalmente, ya anocheciendo, Baby decidió dar por terminado el juego. Es decir, darle una lección a quien durante aquel rato la había estado siguiendo de modo tan descarado y torpe. Se dirigió hacia Hancock Park, detuvo el coche muy cerca, en una zona discreta, tras una maniobra que debió desconcertar y desorientar no poco a su perseguidor y salió por la portezuela derecha, inclinada, llevándose las listas hechas por Carmody. Segundos después, simplemente, desaparecía entre los

arbustos.

Y dos minutos más tarde, un hombre alto, atlético, de largos cabellos oscuros, llegaba muy cautelosamente junto al abandonado coche. A la luz de la avenida y del parque se veían sus rasgos correctos, viriles, un tanto crispados en una mueca furiosa. Un bello ejemplar masculino, de hombros anchísimos, vestido con un simple jersey de hilo de color café y unos viejos *bluejean*. Estuvo unos segundos mirando el interior del vacío coche, antes de decidirse a entrar. Pero un simple vistazo le convenció de pronto, al parecer, de que no iba a encontrar allí nada interesante. Vio el distintivo de rent-a-car y refunfuñó de nuevo, aún más disgustado. Por último, sacó una vieja libretita, anotó los datos de la rent-a-car y la matrícula del auto y salió de éste.

Poco después se sentaba ante el volante del suyo, detenido unas cien yardas más allá. Encendió un cigarrillo, lo puso en marcha y se alejó, todavía fruncido el ceño. Estuvo tentado de ir a la compañía que había alquilado aquel coche, pero una idea le retuvo: ¿y si lo estaban esperando por allí? Aunque no parecía probable, ya que, si hubiesen querido atacarle podrían haberlo hecho en el parque… De todos modos en el coche alquilado había visto solamente a una mujer y era muy probable que ella no se hubiera atrevido a hacerle frente y que en aquellos momentos estuviera pidiendo ayuda a alguien…

Decididamente, lo mejor era regresar a su domicilio, a pensar en lo que convenía hacer.

Y siempre sería menos peligroso pedir por teléfono los datos que le interesaban que ir personalmente a la rent-a-car.

Una hora más tarde detenía el auto delante de un *bungalow* sito frente a la playa, apagaba todas las luces, se apeaba, y se dirigía hacia el chato edificio de madera. Abrió la puerta, dio la luz, entró y se dirigió directamente hacia el teléfono. Tomó uno de los listines que había debajo, en la vieja librería y pasó las hojas hasta encontrar la dirección de la *rent-a-car* en cuestión. Cerró el listín y comenzó a marcar el número…

—No se moleste en llamar —dijo alguien, tras él—. Yo puedo contestar a todas sus preguntas. Si es que quiero hacerlo, por supuesto.

Capítulo III

El hombre quedó petrificado ante el teléfono, todavía con el dedo índice en uno de los agujeros del disco. Entonces, solamente se oyó el rumor del mar, por la ventana abierta del pequeño *bungalow*, desordenado, barato… La típica vivienda de un hombre descuidado y que no dispone de grandes medios económicos, desde luego. Un cubil de soltero al que le importan un pito los detalles agradables. Lo que más destacaba allí, sorprendentemente, eran montones y montones de fotografías del ocupante del *bungalow*, con atuendos mucho más elegantes, acompañado de bellísimas muchachas. En unas aparecía vestido de *cowboy*, en otras de oficial de los marines, en otras de paisano, en otras jugando al tenis, o al volante de un hermoso auto deportivo…

—Puede volverse —dijo aquella dulce voz femenina.

Cuando el hombre se volvió, recibiendo de lleno la luz, su atractivo y viril rostro destacó nítidamente. Tenía la mandíbula puntiaguda, la boca firme, los ojos grises, inteligentes… Una especie de magnífico Tarzán moderno, con sus largos cabellos y sus anchísimos hombros. Al ver a la mujer, su rostro sufrió una crispación de sorpresa y furia a la vez. Luego, su mirada bajó hacia la diminuta pistolita que la encantadora criatura sostenía en la manita derecha. Finalmente, sus grises ojos quedaron fijos en los más bellos ojos azules que había visto jamás.

—De acuerdo, hermana —gruñó—, dispare. Yo sé perder.

—Siéntese —sonrió Brigitte—. Y charlaremos. Creo que podría usted empezar por decirme quién es y por qué me ha estado siguiendo.

—Menos cuento, nena… Los dos sabemos muy bien a qué atenernos. Aunque no sabía que ella tuviera ayuda femenina.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—La gata ladrona.

—¿La…? ¡Oh!, creo que entiendo… Estupendo, ¿de modo que coincidimos en ese punto? Claro… Una gatita… Una astuta, silenciosa y codiciosa gatita. Pero, temo que hay algo de confusión en nuestras respectivas… posiciones. ¿Quién es usted?

—¡Oh!, vamos…

—¿Quién es usted?

—Alan Nash —gruñó el hombre, señalando las fotografías que los rodeaban—. Y no me diga que no lo sabía ya.

—No se trata de lo que sepa yo, sino de lo que sepa usted. ¿Por qué me ha estado siguiendo?

—¿Pretende tomarme el pelo? —Gruñó él—. Mire, lo que sí es digno de ser explicado es cómo ha llegado usted hasta aquí. Lo demás, todo está dicho.

—No entiendo nada de nada. Pero seré… cortés con usted, explicándole algo que es obvio, a fin de que luego usted me explique otras cosas que para mí no son obvias. Veamos… Me di cuenta de que usted me seguía, salí del coche después de dejarlo junto al parque y me metí en el asiento de atrás del suyo. Usted mismo me trajo hasta aquí. Lo dejé entrar, fui por la puerta de la cocina y aquí me tiene. Y ahora, veamos cómo corresponde usted a mi gentileza: ¿por qué me seguía? ¿Cree que yo tengo algo que ver con los robos de joyas? ¿Es eso?

—Se ha vuelto lista de pronto, ¿eh?

—Siempre he sido lista —susurró ella—. Siéntese, señor Nash. La conversación será larga, porque…

A oídos de ambos llegó, brevísimo, un frenazo. Tan breve, tan ligero, que cabía preguntarse si realmente lo habían oído. Pero el tal Nash sí debía haberlo oído, porque palideció. Se pasó la lengua por los labios, mirando hoscamente a Brigitte.

—Muy bien —susurró—. Ahí llegan sus amigos, nena. Ha sido usted muy lista.

La espía tenía fruncido el ceño. Con la pistolita, señaló hacia una de las puertas.

—Entre en ese dormitorio, señor Nash. Vamos a darle…

Nash había comenzado a caminar, pero, de pronto, su mano derecha, que había quedado sobre un almohadón colocado en el sillón, se movió velozmente, con fuerza. El almohadón salió disparado hacia Brigitte, quien, simplemente, hizo un gesto de

disgusto. Paró el almohadón con la mano izquierda, sin moverse siquiera del lugar que ocupaba, mientras la pistolita seguía a Nash, quien, al parecer creyendo que su treta había dado buen resultado, corría hacia la ventana abierta.

—Deténgase, Nash —ordenó con voz contenida la espía.

Pero Alan Nash, evidentemente, no pensaba dejarse matar sin resistencia y no hizo el menor caso. Mientras corría hacia la ventana y aún cuando estaba en el aire describiendo el fantástico salto hacia el exterior, Brigitte pudo haberle metido no menos de tres balas en el cuerpo, pero algo le decía que no debía hacerlo: el sentido común. Si lo había entendido bien, no era Nash quien merecía aquellas balas de su pistolita…

Afuera oyó el crujir de la arena cuando Nash cayó en ella. Luego, crujió también cuando él se alejó a toda prisa… Iba a ser muy difícil alcanzar a un atleta como Nash, pero, además, apenas hubo dejado de oír sus pisadas, comenzó a oír otras, acercándose a la casa. No eran precisamente sigilosas, desde luego…

* * *

—Tú ve por detrás —dijo uno de los hombres con malos modales—. Yo entraré por delante. Y cuando él salga corriendo por la puerta de atrás, dispárale. A matar. Ya ha fisgoneado demasiado.

—De acuerdo. Tiene que habernos oído así que seguro que saldrá por atrás en cuanto oiga ruido delante… Has tenido una buena idea, Ponh.

Se alejó, sonriendo cruelmente, para rodear el *bungalow*. Al pasar relativamente cerca de la luz, su rostro oriental fue visible por una fracción de segundo. Igual que el de Ponh, que subió al porche, pistola en mano. Se aseguró de que el silenciador estaba bien acoplado y entonces llamó con la culata, rudamente.

—¡Nash! ¡Sé que está ahí! ¡Salga!

Dicho esto, sonriendo fríamente, disparó dos veces contra la cerradura… Plop. Plop… Empujó la puerta, pensando que ya Nash debía haber huido por la parte de atrás, para caer acribillado por su compañero… Pero su compañero Fuan apareció segundos después, pistola en mano, fruncido el ceño.

—No ha salido —dijo, hablando ahora en el idioma de ambos.

—Entonces, aún está dentro. Yo miraré el dormitorio, tú mira en el baño. Acabemos pronto.

Cada uno fue hacia la puerta designada. Fuan fue el primero en entrar, pistola por delante. Una seca sonrisa apareció en sus labios al ver corrida la cortina de la ducha, pese a que no se oía rumor de agua. Mal sitio para que un gigante como Nash se escondiera, desde luego… Alzó la pistola y disparó por tres veces.

Plop. Plop. Plop.

La cortina de la ducha se agitó, y detrás, las balas partieron algunos azulejos…, mientras por delante del rostro de Fuan pasaba un fino hilo metálico, brillante, que se incrustó en su garganta con gesto seco, implacable. Tan sólo el principio de un gemido pudo brotar de la boca de Fuan, porque la persona que estaba tras él sabía manejar aquel alambre de un modo perfecto. Lo había usado muchas, muchísimas veces.

Fuan tuvo que soltar la pistola, por simple instinto de protección. Sus manos fueron hacia la garganta, en busca del hilo, para quitarlo de allí. Pero el alambre era demasiado fino y se había hundido de tal modo en la carne que era imposible arrancarlo. Imposible… Además, la potencia muscular de la bella jovencita que pudo ver por el espejo al girar, no era despreciable, ni mucho menos. Con los ojos desorbitados, por la presión del alambre y por la sorpresa, Fuan pudo ver aquel delicioso rosto, ligeramente afeado por la dura mueca, por la frialdad de los grandiosos ojos azules…

Estaba muriendo tan silenciosamente que afuera pudieron oírse con toda claridad las pisadas de su compañero Ponh. También se oyó su voz, aclarando, sin duda, que no había nadie en el dormitorio… Luego, mientras Fuan pasaba de la vida a la muerte viendo aquella bella imagen en el espejo del pequeño cuarto de baño, se oyeron los pasos de Ponh hacia allí.

Rápidamente, Baby dejó en el suelo el cadáver de Fuan, todavía con el alambre incrustado en el cuello. Sacó su pistolita, ahora que no tenía que preocuparse por el posible ruido que hiciera y se colocó junto a la puerta.

Ponh entraba entonces, hablando en su idioma… Se detuvo en seco al ver a Fuan en el suelo, giró la vista alrededor…, y recibió el impacto de la culata de la pistolita justo encima del pulgar, experimentando tal dolor que la pistola cayó al suelo. Efectuó un

movimiento de agresión hacia la mujer, pero ella retrocedió un paso.

—Retroceda —susurró.

Ponh entornó sus ojos orientales, llameando de furia. Pero supo captar muy bien la frialdad de los ojos que parecían clavarse en él, como trozos de hielo. Comenzó a retroceder del cuarto de baño, caminando de espaldas y justo cuando salía Brigitte, saltó contra ella, con tal rapidez y agilidad que cuando la espía apretó el gatillo de su pistolita, ésta había quedado ya por detrás del cuerpo de Ponh, de modo que la bala fue a clavarse en una pared…, mientras Ponh, gruñendo sordamente, se abrazaba a ella, y de un seco tirón, la derribaba, quedando encima. Brigitte movió su brazo, dispuesta a colocar la pistolita en el vientre del oriental y apretar el gatillo, pero, evidentemente, Ponh era enemigo de cuidado, pues pareció adivinar sus intenciones y una de sus manos aferró la muñeca de la espía, comenzando a golpear aquella manita contra el suelo, hasta que la pistola saltó…

Farfullando en su idioma, Ponh quiso entonces sujetar con ambas manos la delicada garganta dorada, pero, justo entonces, la otra mano de Brigitte subía hacia su garganta, por el hueco dejado entre ambos cuerpos… El canto de aquella manita golpeó, como si fuese un hacha, en plena garganta de Ponh, que gimió roncamente, alzó su mano derecha, crispada en la posición de golpe de karate y la dejó caer hacia la frente de Brigitte.

Lanzó un aullido terrible cuando su mano, en lugar de golpear la frente femenina, dio contra el suelo, al apartar la cabeza la espía. Y aún estaba rugiendo su dolor cuando Brigitte, comprendiendo que en aquella posición no podría propinar golpes efectivos, clavó sus dedos, como si fuesen tenazas, en la carne de Ponh, justo en el lugar elegido: el músculo esternocleidomastoideo.

Ponh lanzó un berrido espantoso y botó y se retorció en el aire como si dentro de él acabase de estallar una carga explosiva. Aún estaba su berrido en el aire, haciendo vibrar los cristales del *bungalow*, cuando ya corría Brigitte hacia donde había caído su pistolita. Al pasar, sacando fuerzas de flaqueza, Ponh la agarró de un tobillo y la hizo caer de rodillas, lanzándole inmediatamente un manotazo que la hizo caer de bruces, con brutal dureza, contra el suelo. Y sin esperar a más, fue Ponh ahora quien se arrastró hacia la

pistolita. Sus dedos se crisparon en la culata del arma, la tomó, comenzó a volverse…

¡Crash!

El golpe resonó en su cabeza como un estampido mortal. Eso fue lo último que supo Ponh. Cayó de bruces, fulminado, con el cráneo hundido, mientras, de pie, a su lado, la más peligrosa espía del mundo permanecía todavía unos segundos en la posición del feroz golpe de karate con que había sido zanjada la cuestión.

Jadeando, desordenado el cabello, dolorida la mano, Baby se dejó caer en un sillón lleno de revistas. Permaneció así unos segundos, recuperando el ritmo respiratorio, mirando a Ponh, haciendo cábalas… Asiático, por supuesto. Quizá vietnamita, o camboyano, o tailandés… Igual que el otro, el del baño.

Por fin, se puso en pie, ordenó su vestido y se arregló con delicioso gusto los alborotados cabellos. Recogió su pistolita, fue al baño, recuperó del cuello de Fuan su alambre, que volvió a colocar en la cinturilla del vestido y dedicó unos segundos a registrar el cadáver. No encontró nada interesante. Ni siquiera documentación. Esto le hizo fruncir el ceño. Su mente trabajaba a toda presión, con aquella escalofriante lucidez que la había llevado al primer puesto del espionaje mundial. Los delincuentes comunes suelen ir documentados. Cuando un hombre no lleva encima nada que pueda identificarlo, la deducción automática es que se dedica al espionaje. Si muere en «acto de servicio», no hay responsabilidades para nadie. Sobre todo, cuando ese acto de servicio consiste en un asesinato.

Salió del baño y registró también a Ponh, al que halló igualmente indocumentado. Pero Ponh sí llevaba algo interesante: una pequeña radio de bolsillo, de fabricación rusa… Las conocía muy bien. Pero estaba tan asombrada que durante unos segundos no acertó a reaccionar. ¿Qué significaba aquello? Analizó la situación: un asunto de robo de joyas, vulgar y corriente. Pero, aparecen dos hombres asiáticos, con pistolas con silenciador, para quienes asesinar no es ya un… delito o un desesperado deseo de supervivencia, sino una… labor, a la que, evidentemente, no había concedido la menor importancia, a juzgar por el modo con que el hombre del baño había disparado contra la cortina de plástico: sin ira, sin rabia, sin satisfacción… Simplemente, había ido a realizar un trabajo.

Y luego, estaba la radio de bolsillo… La estuvo mirando hoscamente unos segundos. De pronto, apretó el botoncito de llamada. Y en el acto, oyó una voz suave, de tono indescifrable…, y que hablaba en un idioma desconocido absolutamente para la espía internacional. La voz susurró algo en tono apremiante, pero Brigitte permaneció silenciosa, escuchando…

Clic. Oyó el suavísimo sonido que indicaba que al otro lado habían decidido cortar la comunicación.

Fruncido el ceño, la espía se puso en pie y arrastró a Ponh hacia el cuarto de baño. Cuando salió de allí, los dos orientales estaban metidos en la bañera, grotescamente retorcidos, ocultos por la agujereada cortina. Baby recogió las dos pistolas con silenciador, sin olvidar la pequeña radio y salió del *bungalow*. No tardó ni diez segundos en encontrar el coche en el que habían llegado los dos orientales y se sentó al volante, indiferente. Con aquel coche, regresaría a Beverly Hills, hasta cerca de donde había dejado el suyo, para regresar a la mansión de los Carmody. Por aquella noche, era suficiente…

Incluso demasiado.

Porque, si bien ella no era dada a sorprenderse con facilidad, consideraba que en aquellos momentos sí debía estar sorprendida. ¿Ladrones de joyas que llevan radios de bolsillo fabricadas en Rusia? Quizá…

Pero para ella, aquel asunto estaba tomando unos derroteros que parecían llevar a un terreno donde Baby se encontraba en su elemento, mucho más a gusto que buscando ladrones de joyas.

Capítulo IV

Se estaba a gusto allí, tomando el sol junto a la piscina. Una espléndida piscina, naturalmente. Aunque no menos espléndida era la visión de aquella jovencita tendida en el césped, cubierta tan sólo con la mínima expresión de un bikini dorado, de color tan parecido a la piel de la jovencita que, a pocos pasos, se podía pensar que estaba desnuda.

Cerca de ella, también tendida en el césped, de lado, con un codo apoyado en la hierba, *mistress* Carmody la miraba, maravillada, atónita. Estaban las dos solas tomando el sol, y, desde que Brigitte había aparecido, la dama no podía apartar los ojos de ella. Posiblemente, aquella jovencita no iba a conseguir solucionar el asunto que la tenía ocupada, pero de una cosa no había duda: si decidía dedicarse al cine, su resplandor iba a ocultar muy pronto el de las oirás estrellas: la Welch, la Novak, la Taylor, la Streissand… No sólo era mucho más bella que todas ellas, sino que tenía… algo especial, que llegaba mucho más allá de su gran clase humana…

De pronto, la señorita Montfort se incorporó, quedando sentada y sonrió al captar en toda su expresividad admirativa y atónita la mirada de Wanda Carmody.

—Otra visita, señora —dijo—. ¿Prefiere que me vaya?

—¿Qué…?

Brigitte volvió a sonreír. Encendió un cigarrillo, y, cuando ya estaba expeliendo el humo, *mistress* Carmody volvió la cabeza hacia el sendero, en el cual, justo entonces, oía la llegada de un auto. Admirada, regresó su atención a la señorita Montfort, la cual escrutaba el auto recién llegado, entornando los hermosísimos ojos, mostrando una ligerísima sonrisilla que a Wanda le pareció divertida.

—¿De verdad había oído el auto? —murmuró la dama.

—Tengo un oído finísimo. ¿Le importa que me quede aquí? Me

parece que vale la pena…

Wanda volvió a mirar hacia donde se había detenido el auto y sonrió al ver al visitante, que se acercaba a la piscina, con las manos en los bolsillos y un cigarrillo colgando de los labios. Llevaba un jersey de hilo marrón y unos *bluejean* viejos, descoloridos… Un Tarzán moderno.

—No tiene usted mal gusto, querida —sonrió Wanda—. Verdaderamente, hay pocos hombres como él.

—Muy pocos, en efecto. Pero yo conozco a un hombre que es todavía más alto, más fuerte y más atractivo que su visitante. Pero, sobre todo, mucho más varonil.

—¿De veras? —exclamó la dama—. ¿Y quién es él?

—Pues… Digamos que es… el número uno.

—El número uno… ¿de qué?

—De todo, señora —susurró Brigitte.

Mistress Carmody iba a decir algo más, pero en aquel momento, el apuesto y atractivo Tarzán llegaba junto a ellas, sonriendo.

—Buenos días, Wanda…, y la compañía.

—Alan, querido… ¿te has perdido?

—Creo que no —casi rió él—. ¿No es esta la mansión de los señores Carmody?

—Siéntate —rió la dama—. Tal como vas vestido, no creo que te importe hacerlo en la hierba, ¿verdad?

—Un poco. Pero tendré cuidado con la raya de los pantalones.

Wanda Carmody volvió a reír, mientras Brigitte, simplemente, sonreía con simpatía. El atleta se sentó ante ellas, miró en silencio a Brigitte durante unos segundos, como deslumbrado, y, por fin, tras parpadear, musitó:

—Espero no molestar.

—No, no… Estábamos tomando el sol, simplemente. ¿Has venido a charlar con Wilson, por fin?

La mirada del visitante se ensombreció.

—No creo que tengamos gran cosa que hablar él y yo, Wanda.

—¡Oh!, vamos, Alan, no seas rencoroso… Tú sabes cómo son estas cosas: un día estás en la cumbre y al día siguiente, cualquiera sabe por qué, el público deja de sentir interés por ti… Wilson no ha tenido la culpa de nada. Y como comprenderás, él tiene que atender su negocio.

—Sí… Por supuesto.

—No deberías ser tan orgulloso. O todo o nada… La vida no siempre es así, muchacho. ¡Oh, pero… Supongo que no conoces a la señorita Montfort! Él es Alan Nash, querida.

—Encantada —sonrió Brigitte.

—Yo soy el encantado —gruñó Nash.

—La señorita Montfort es periodista. Una simpática invitada que nos ha llegado de Nueva York. Si sigues viniendo por aquí la conocerás bien… y no me sorprendería que te enamorases de ella. Eso, en el supuesto de que no lo estés ya.

—Eso no sería difícil, ciertamente —masculló Nash—. Debo admitir que es muy hermosa.

—Mil gracias, señor Nash —rió Brigitte.

—Bien… Se me ocurre algo —sonrió maliciosamente Wanda—. Os dejaré solos, y le diré a Wilson que estás aquí. Ya sabes que siempre tendrá algo para ti, Alan.

—¿Un papel estelar? —La miró Nash.

—Temo que no… Pero sí sería un papel decoroso. Precisamente, están escribiendo el guión de…

—No me interesa. Puede que sea orgullo, pero no quiero papeles secundarios. Yo fui, soy y seré siempre, un primer papel, un protagonista, no un segundón.

—De orgullo no se vive, Alan.

—Yo me las voy arreglando.

—Bien… De todos modos, iré a decirle a Wilson que estás aquí. Ya sabes que siempre eres bien recibido.

—Lo sé —bajó la cabeza Nash—. Perdóname si te he parecido brusco, pero es que… no he cambiado de idea, Wanda.

—Eres un cabezota. ¿Me perdonáis unos minutos?

Wanda Carmody se alejó hacia la casa, mientras Alan Nash, baja la cabeza, parecía querer dedicar el resto de su vida a contemplar la hierba. La alzó vivamente cuando oyó:

—Parece que usted no ha tenido mucha suerte, señor Nash.

—Cosas del cine. Hice varias películas bastante buenas, escalé un primer puesto, era taquillero… y de pronto, sin saber porqué, dejé de ser negocio en las taquillas. No soy el primero al que le ocurre.

—Algo sé de eso. ¿Limpió ya su bañera?

Alan Nash la miró fijamente. Parecía sobrecogido… e incrédulo.

—Los enterré en la playa, cerca del *bungalow*, provisionalmente.

—Buena idea. Ya les buscaremos un acomodo definitivo cuando dispongamos de más tiempo.

—Yo… al principio creí que los había matado usted, pero cuando los vi… en aquel estado, y… Bueno: ¿qué pasó exactamente? ¿La ayudó alguien?

—Tengo por ahí una docena de guardaespaldas —rió Brigitte—. ¿Está ya convencido de que de mí no debe temer nada?

—Bien… Al menos, me libró de los asesinos que ella había enviado a matarme. Supongo que eso significa algo.

—¿Quién es ella?

—Mire, señorita Montfort, voy a ser sincero con usted: ofrecen el diez por ciento del valor de las joyas que se recuperen. Como habrá comprendido ya, mi situación no es boyante precisamente, así que… quisiera esa recompensa. Y no es una miseria, se lo aseguro.

—¿Cuánto?

—Si se recuperan todas las joyas, yo cobraría entre ochocientos mil dólares y un millón. Claro que… cualquiera sabe dónde han ido a parar esas joyas.

—Sí… Cualquiera sabe. Le diré una cosa, Nash: mi problema no es de dinero. Si quiere toda la recompensa, por mí no hay ningún inconveniente. Ya tengo todo cuanto le pido a la vida.

—Es usted muy afortunada. Munn… Supongo que se ha sorprendido al verme aparecer aquí.

—Le estaba esperando.

—¿Cómo? ¿Usted… me estaba esperando?

—Desde luego. Con la imaginación, he seguido todos sus pasos y pensamientos. Usted disponía de la dirección de la compañía que alquiló el auto en el que me vio anoche, y sabía la matrícula. Ha ido allí, le han dicho el nombre de la persona que lo alquiló y supongo que se ha sorprendido al saber que era el chófer de los Carmody. Dispuesto a aclarar esto, ha venido aquí…, y, al verme, el sorprendido ha sido usted.

—Demonios —acabó por sonreír Nash—. ¡Y yo me creía muy listo!

—Lamento haberlo desvalorizado ante sus propios ojos. ¿Quién es ella, Nash?

—¿Por qué no me dice primero quién es usted?

—Brigitte Montfort, de Nueva York. Periodista.

—Periodista… ¿Ha enviado ya a su periódico noticias sobre lo sucedido anoche?

—Todavía no.

—¿De veras? Pues ha dejado usted escapar una gran noticia, ¿no le parece?

—Quizá.

—O quizá no es usted periodista.

Brigitte alzó una manita, riendo.

—Palabra de honor: soy periodista.

—¿Y qué más?

—Estamos perdiendo el tiempo, Nash. La señora Carmody va a regresar de un momento a otro con su marido. Tome una decisión: o me ayuda, o trabajamos por separado. Decídase.

—Yo podría… quitarla a usted de en medio, denunciándola a la policía.

—No diga tonterías —replicó fríamente Brigitte—. No hay la menor prueba de mi presencia en su *bungalow* anoche. Ni siquiera fui con mi coche. En cuanto a los dos hombres muertos, dado su aspecto, me parece que más bien creerían que los había matado un hombre… ¿O no? Y en este caso: ¿qué mejor sospechoso que usted mismo? Vamos, no sea tonto, Nash. Colabore conmigo y yo le ofrezco dos cosas. Una, toda la recompensa íntegra para usted. Dos, el regreso a su cumbre artística.

—¿Cómo conseguiría esto último?

—Se sorprendería usted si supiera cuánta influencia tengo en Estados Unidos. Pero, además, me ocuparé de usted en mi periódico… En una semana, usted vuelve a la cumbre, Nash: prometido.

—¿Y qué ganaría usted con todo esto, entonces?

—Un amigo.

Alan Nash parpadeó. Súbitamente decidido, llevó la mano al bolsillo posterior del pantalón y sacó unos pocos billetes y un sobre blanco, del cual extrajo una fotografía, que tendió a Brigitte.

—En realidad —musitó—, casi estaba decidido de antemano a sincerarme con usted. Me encuentro cansado de estar solo en la vida, se lo aseguro.

Brigitte asintió con la cabeza, pero dedicando toda su atención a la fotografía. Por un instante, sintió una punzada de celos al contemplar la fantástica belleza de la muchacha que aparecía en ella… Era muy joven, de grandes ojos negrísimos, exóticos… Su rostro contenía toda la belleza y dulzura de la muchacha asiática. Contemplarla tenía que ser un recreo para la vista de cualquier hombre. Llevaba el cabello corto, vestía un kimono bordado con flores, y, en sus brazos, se veía un hermoso gato siamés, de pérfida mirada. El conjunto no podía ser más extraordinario.

—Es muy hermosa —suspiró al fin la espía—. Y yo diría que es tailandesa, ¿no?

—Desde luego —pareció sorprenderse Nash.

—Bien… Entonces, también debían ser tailandeses… En fin, ¿quién es esta encantadora criatura?

—¡Cómo! ¿No sabe quién es?

—Pues… no —se desconcertó Brigitte—. ¿Debería saberlo?

—¡Es Sakit Dion Bo! ¡Por el amor de Dios, no me diga que no ha oído antes su nombre, ni ha visto ninguna de sus películas…!

—Últimamente he estado muy ocupada —susurró la espía—. Y no me he ocupado del cine.

—¡Qué barbaridad…! ¡Pero si ella es la estrella de moda en el cine mundial!

—Yo no me dedico al cine —refunfuñó Brigitte—. Pero le prestaré más atención en lo sucesivo.

—Debería hacerlo ya… Todavía se está proyectando su última película…

—Iré al cine en cuanto pueda. Pero entendámonos, Nash… ¿Esta muchacha es la gata ladrona?

—Sí.

—¿La que ha robado todas las joyas en Beverly Hills?

—Sí.

—¿Está diciéndome que ella sabe abrir cajas fuertes, escalar tejados, desconectar sistemas de alarma, robar sin dejar rastro…?

—Pues… Bueno…

Brigitte frunció el ceño.

—¿No está seguro?

—Casi seguro. Mire, ella vive en Beverly Hills, ha sido invitada a todas las casas en todas las fiestas… Ha podido verlo todo, saberlo

todo, trazar sus planes de entrada y salida… Otro detalle: es siempre la última en llegar a las fiestas.

—¿Y qué le sugiere eso a usted?

—Yo creo que es la última porque antes de acudir a la fiesta de turno ha robado ya en la mansión elegida para aquella noche.

—Entiendo. Sí, es posible, desde luego. Además, están los dos hombres de anoche, de la misma raza que ella… Y su voz, por la radio de bolsillo…

—¿De qué habla?

—Yo me entiendo. Claro que… era una voz difícil de identificar, apenas susurrada… Pero parece que todo apunta hacia esta jovencita tan encantadora. ¿Cómo llegó usted a estas conclusiones, Nash?

—Conozco muy bien el terreno que piso —sonrió secamente el actor—. No hace mucho, yo tenía una de estas mansiones…

—Volverá a tenerla. ¿Cómo sospechó de esta chica?

—Bueno, son muchos detalles… Llevo más de tres meses dedicado a esto, vigilando a muchas personas…

—¿Estaba vigilando a Sakit Dien Bo cuando robaron en esta casa, a los Carmody?

—Sí. Ya la vigilaba a ella.

—Pero anoche no la estaba vigilando a ella, sino que,, como yo misma, rondaba cerca de otras mansiones… Oh, oh, oh… —Se echó a reír Brigitte—. ¿También usted pretendía adivinar dónde sería el próximo robo?

—Sí. Sé que esta noche hay una fiesta en casa de Sheila… Sheila O’Hara,
que fue…

—La conozco. Fuma marihuana y tiene un… amiguito muy guapo, al que me parece que mortifica constantemente. Bien… Usted me vio, creyó que yo podía ser una cómplice de Sakit Dien Bo, me siguió… Total, que resultaba que también le estaban siguiendo a usted, y que, de no ser por mi intervención, aquellos dos hombres le habrían matado, después de dejarle llegar a su *bungalow*… Incluso es posible que le estuviesen esperando allí…

—¿Cómo no la vieron a usted, entonces?

—Yo soy muy difícil de controlar, a veces —sonrió Brigitte—. Y le aseguro que no tengo nada que envidiar a una gata. Pero

volvamos a lo de antes. Me decía que la noche que robaron a los Carmody, usted estaba vigilando a la tailandesa del gatito… Bien, ¿qué hizo ella?

—No lo sé.

Brigitte entornó los ojos.

—Explique eso mejor, Nash, por favor.

—Bien, yo… vi salir el coche de ella y me fui detrás con mi cacharro… Total, que el coche dio una vuelta y regresó a la mansión de Sakit. Resultó que…

—No me diga más. En el coche que usted siguió solamente iba el chófer y mientras tanto, nuestra siamesa se había ido a la fiesta en otro de sus coches…, quizá con tiempo suficiente para darse… un paseo por esta casa. ¿Correcto?

—Eso pensé yo —gruñó Nash, disgustado—. Y el solo hecho del juego de los dos coches ya implica una culpabilidad, ¿no cree?

—Ella podría decir que lo hace para que los admiradores no la fastidien demasiado. Pero… Está invitado a la fiesta que da esta noche Sheila
O’Hara.

—No me haga reír. Ya nadie se acuerda de mí.

—Magnífico —sonrió Brigitte—. Aunque no me gusta tanta volubilidad, ciertamente. Los amigos, son amigos siempre, pase lo que pase.

—Si usted piensa así, debe tener muchos amigos.

—Algunos… Mire, Nash, usted va a alquilar un coche que…

—Buen chiste. Me quedan unos quince dólares… y me pregunto qué va a ser de mí después que haya comido hoy.

—¿Tan mal está?

—Ya ha oído que soy muy orgulloso.

—Sí… Pero no va a serlo conmigo. Cuando lleguen los Carmody, yo me retiraré, diciendo que ya he tomado suficiente sol. Será una retirada discreta, y ellos lo comprenderán. Si le preguntan de qué hemos estado hablando, diga que del tiempo y de cine… Bien. Antes de marcharse, pida ir al cuarto de baño de la planta baja, cosa que no creo que vaya a sorprender a nadie. Cierre por dentro. En la parte de atrás del gran pie de mármol del lavabo doble, encontrará, pegada a la pared con esparadrapo de color rosa, una bolsa de plástico azul transparente. Tire al inodoro el esparadrapo y

la bolsa de plástico. Dentro de ésta, encontrará mil dólares, una pistola con silenciador que perteneció a nuestros amigos de anoche y un papel en el cual verá anotada la matrícula de un auto…

—No me gusta recibir dinero de una…

—No sea absurdo: estamos trabajando, y simplemente, yo soy el socio financiero. Fíjese bien, Nash: lleve encima esa pistola en todo momento y abra bien los ojos. Desde luego, nada de volver a su *bungalow*, eso es una locura que no ha debido cometer anoche o esta mañana, pero ya está hecha. Vigile y tenga lista la pistola en todo momento. Luego, vaya a alquilar un coche, que sea bien diferente al suyo. Por último, arrégleselas como quiera o pueda para conseguir averiguar a quién pertenece el coche cuya matrícula encontrará escrita en un papel dentro de la bolsa. ¿Lo entiende?

—¿Es el coche de los tipos de anoche?

—Sí. ¿Podría conseguir esa información?

—Me parece que sí.

—Magnífico. Pero, sobre todo, tenga bien en cuenta: a partir de cuando haya terminado esos asuntos, usted se va convertir en la sombra de Sakit Dien Bo. ¿Lo entiende?

—Desde luego. Pero ella me conoce bien. Si me ve…

—¡Oh!, vamos, Nash… Usted es actor, ¿no es cierto? ¡No me diga que nunca se ha caracterizado!

—Desde luego —se animó visiblemente Nash—. ¡Magnífica idea! Me las arreglaré… Voy a caracterizarme de tal modo que ni usted misma podrá reconocerme cuando me vea.

—Qué bien —sonrió Brigitte—. Hágalo así y tenga mucho cuidado. ¡Ah…! Habrá otra cosa dentro de esa bolsa de plástico, Nash: una radio de bolsillo, fabricada en Rusia… ¿Le dice eso algo?

—¿A mí? Ni siquiera entiendo lo que quiere usted decir.

—Es una radio pequeña, muy simplificada, pero efectiva a más no poder. Hay dos botones, uno de llamada y otro de recepción, eso es todo. El de arriba es el de llamada. Apriételo si tiene algo urgente que decirme… Y apriete el otro cuando oiga que la radio emite un ligero zumbido repetido. Algo así como «bip, bip, bip, bip…». ¿Está todo claro?

—Sí, sí, descuide…

—Bien… Ahí vienen los Carmody… Procure alargar la conversación, pues necesito tiempo para colocar la radio que le

entregaré en la misma onda que la mía… ¿De verdad esto no le sugiere nada, Nash?

—¿Qué cosa?

—Lo de las radios de bolsillo.

—No sé… Parecemos espías, ¿no? —sonrió de pronto.

—Sí… Lo parecemos.

Nash se quedó mirándola fijamente.

—¿Quién es usted, realmente?

—Brigitte Montfort, de Nue…

—Ya sé eso, me lo dijo antes. Pero su mente es de una vivacidad tan escalofriante que…

—Alan, muchacho —exclamó Wilson B. Carmody, llegando con la mano extendida—. ¡Me alegro de verte!

Nash se puso en pie, aceptando aquella mano grande y fuerte.

—Gracias, Wil. Pensé que podrías tener algo… bueno para mí.

—Tengo a tres guionistas preparando un guión sensacional, pero… ¿Se va usted, señorita Montfort?

—Sí. Ya he tomado suficiente sol por hoy.

—Apuesto a que lo has pasado estupendamente con ella, Alan —sugirió Wanda—. Tiene un ingenio maravilloso. Y no creo que te haya parecido que la señorita Montfort esté nada mal.

—Efectivamente, no está mal…

—¡Bravo! —Aplaudió *mistress* Carmody—. ¿No te gustaría ser su pareja esta noche, en la fiesta de Sheila? Podrías venir con nosotros… ¡Oh!, bueno, ignoro qué opina de ti ella, claro… ¿Qué le parecería Alan como pareja, Brigitte?

—¡Wooohaooo! —exclamó la divina, con entusiasmo.

Esta vez, la carcajada fue más sonora todavía y Wanda tomó a Nash por un brazo.

—Vamos, decídete: nunca encontrarás mejor pareja, querido.

—Yo… agradezco mucho la amabilidad de la señorita Montfort, pero… tengo un compromiso para esta noche, en San Diego.

—Pues te vas muy lejos, ¿no?

—Sí. Yo…

—Creo —dijo con simpatiquísimo gesto de enfado Brigitte— que después de esto no tengo nada que hacer aquí… Hasta luego. Adiós señor Nash, ha sido usted francamente antipático.

Capítulo V

—¡Eres un tipo con suerte! —exclamó Wes Ferguson, director y máximo accionista de la «California Pictures»—. ¡Dinos al menos de dónde la has sacado!

Los demás productores que rodeaban casi airados a Wilson B. Carmody apoyaron esta petición con auténtico entusiasmo.

—Un momento. No la he sacado de ningún sitio: os repito que es una periodista, que me la envió un amigo de Nueva York y que ha venido aquí a escribir una serie de artículos sobre…

—Al demonio contigo —gruñó Pat Stevenson.

—Os repito una vez más que es una…

—¡Sí, una periodista! —cortó otro productor—. Dinos la verdad: ¿va a ser ella la protagonista del guión que estáis preparando?

—¿Qué guión? —preguntó Carmody.

—Estás insoportable esta noche —remachó hoscamente Ferguson—. Apuesto a que Bob está hablando de «Los mil fuegos del infierno»… ¿Cierto Bob?

—Claro.

Carmody frunció el ceño.

—¿Y cómo sabéis eso vosotros?

—¡Oh!, vamos, Wil.

—Esa muchacha es una periodista —suspiró Carmody—. Y si no me creéis a mí, preguntádselo a ella.

—¡La idea no es mala! ¡Vamos allá!

Entre dos, tomaron de los brazos a Carmody, que se resignó a ser empujado hacia el otro lado de la reunión.

Cuando llegaron al grupo más nutrido, Carmody hizo una señal a la deliciosa jovencita, la cual asintió con la cabeza.

—¿Desea algo, señor Carmody?

—Sí, Brigitte… Ellos son los señores Stevenson. Grover, Ferguson y McReady, unos buenos amigos míos. Son productores y

están deseando conocerla… Caballeros: la señorita Brigitte Montfort, periodista.

Brigitte fue tendiendo su manita, sonriente y cada vez, su mirada parecía llegar al fondo de los ojos del productor de turno. Los caballeros musitaron unas frases galantes, atropelladamente, y, enseguida, uno de ellos lanzó el primer dardo:

—¿Cuándo empieza a rodar, señorita Montfort?

—¿A rodar? A rodar…, ¿qué cosa?

—«Los mil fuegos del infierno», por ejemplo.

—¡Oh…! Bueno, pues… Temo que no me gustaría rodar en los mil fuegos del infierno, señor Grover. Pero, además, tengo entendido que en el infierno hay más de mil fuegos.

Wilson Carmody sonrió y los demás soltaron la carcajada. Grover quedó atónito y un tanto mortificado. Pero Stevenson se apresuró a sustituirlo en la palestra, lanzándose a la carga.

—Espero que su contrato con Wil no sea por demasiado tiempo… Quisiera ser el segundo.

—¿A qué contrato se refiere?

—Por favor, señorita Montfort… ¡No me diga que no han firmado un contrato!

—De acuerdo.

—¡Ah! Entonces…, ¿lo han firmado? —exclamó triunfalmente Stevenson.

—No.

—Pero acaba de decir…

—Usted ha dicho que yo no dijera que no había firmado un contrato y no lo he dicho. Soy una persona complaciente, señor Stevenson…

—¿De modo que usted se ha aprendido bien la lección que le ha enseñado Will y va diciendo que es periodista?

—Hace tiempo que dejé de aprender lecciones, señor Stevenson: ahora, las doy.

—Entonces, usted insiste en que es periodista —dijo de pronto McReady.

—Eso es lo que soy.

—Y dice que no tiene firmado ningún contrato con Wil.

—Pues… sin ánimo de molestar al señor Stevenson, sí, lo digo: no hay contrato.

—¡Magnífico! ¡Yo le ofrezco uno ahora mismo!

—Tranquilo, amigo —protestó Grover—. Somos varios los que queremos ese contrato…

—Desde luego —apoyó Ferguson—. Sólo se trata de que la señorita Montfort los estudie todos y acepte el mejor.

—Un momento —gruñó McReady—. Yo estaba hablando con ella, ¿no es así? Pues esperad vuestro turno, y…

Los demás, excepto Carmody, comenzaron a protestar…

—Caballeros, temo que están perdiendo el tiempo: no pienso trabajar en el cine.

—Vamos, vamos… ¿Acaso prefiere seguir siendo periodista?

—Por supuesto… ¡Oh!, gracias, Ronnie: eres muy amable.

Tomó la copa de champán que le tendía el muchacho pelirrojo y bebió un sorbito, mientras los hombres se quedaban mirando, el beso que los dulcísimos labios daban a la copa. Ronnie lanzó un profundísimo suspiro, que hizo reír a todos. Brigitte alzó las cejas, bajó la copa, y preguntó:

—¿Ha ocurrido algo gracioso?

—Es encantadora —suspiró Grover—. Sólo por verla beber champán, los cines se llenarán de público… Atienda mi oferta inicial, señorita Montfort: tres millones de dólares por un contrato de tres años con un máximo de cuatro películas…

—Cuatro millones —dijo Stevenson.

—Seis —masculló Ferguson.

—Caballeros: ¿me están subastando ustedes? Ya les he dicho que pienso seguir…

Se calló de pronto, fija su mirada en la entrada del salón. Los caballeros volvieron la cabeza hacia allí, en el momento en que se oía un denso murmullo admirativo por encima de la música… incluso el músico del saxo perdió por un instante el compás.

—Ahí está tu estrella, Wes —musitó Grover—. ¿No tienes suficiente con ella?

—Con permiso —susurró Ferguson—. No se me escape, señorita Montfort.

—Pierda cuidado: me considero arrestada.

Algunas personas acudían ya al encuentro de la recién llegada, hacia la cual se abrió paso Ferguson, sonriendo. La atención de todos estaba momentáneamente centrada allí, y, por cierto merecía

la pena: acababa de llegar la exótica, bellísima, dulcísima y delicadísima Sakit Dien Bo. Llevaba un vestido ligerísimo, que parecía hecho con láminas de oro flexible y que ocultaba solamente la mitad de su cuerpo, a pequeños rombos. Pero, ocultando aquella mitad, sugería muy generosamente lo que era la otra mitad. Llevaba un fantástico collar de esmeraldas, largos pendientes de las mismas piedras, y, en la mano que sostenía el gato siamés contra su pecho, brillaba un anillo enorme, también provisto de una grandiosa esmeralda. Sus grandes ojos oscuros miraban a todos lados, sonrientes, como esperando el tributo de sus vasallos. Era… como una bellísima figura de porcelana, que pudiera romperse a la menor brusquedad. Su delicada belleza estaba fuera de toda duda o discusión.

—Vaya —susurró Ronnie—. Aquí tenernos por fin a la gatita, con su siamés, como ella. Hacen juego, ¿no es cierto?

—Es muy hermosa —musitó Brigitte.

—Psé… Pero mucho me temo que esta noche va a encontrar a faltar unos cuantos admiradores… ¿Bailamos, Brigitte?

—Más tarde, Ronnie. Gracias. Ahora, quisiera que el señor Carmody me presentase a esa damita… Al fin y al cabo, estoy aquí para eso: para trabajar en una serie de reportajes sobre Hollywood.

—Lo haré con gusto —sonrió Carmody.

—Pero estábamos conversando sobre el contrato… —empezó a protestar McReady.

—Seguiremos esa conversación en otro momento, señor McReady… Les ruego que me perdonen. ¿Quieres llevarte mi copa, Ronnie? Nos veremos dentro de unos minutos.

—*Okay*. Yo ya he dejado de ser admirador de Sakit.

—Eres muy amable —rió la divina—. Hasta luego.

Carmody la tomó de un brazo y la llevó hacia la tailandesa, alrededor de la cual ya se iban aclarando las filas. Carmody hizo una seña a Ferguson, que la interpretó exactamente. Tomó de un brazo a Sakit Dien Bo y la llevó hacia ellos, mientras la exótica jovencita sonreía a todo el mundo encantadoramente. Hasta que se encontró delante de Brigitte y Carmody y sonrió a éste.

—¡Ah!, señor Carmody… ¿Cómo está?

—Bien —susurró él—. Quisiera presentarle a la señorita Montfort, una periodista de Nueva York que se está interesando por

todos nosotros.

Sakit Dien Bo miró amablemente a Brigitte y sólo ésta pudo captar la veloz mirada con que la tailandesa la valoró rápidamente.

—Encantada —sonrió enseguida—. ¿Qué clase de interés siente por «todos» nosotros?

—¡Oh!, pues… Sus vidas, sus costumbres, su trabajo… Cosas normales que interesan al público.

—Sí, entiendo. Espero que encontrará usted personas interesantes aquí.

—He encontrado muchas —sonrió Brigitte—. Pero opino que acabo de encontrar a la más interesante de todas.

—Es usted muy amable. ¿Para qué periódico trabaja?

—«Morning News», de Nueva York, que distribuye mis artículos en agencias de todo el mundo.

—¡Qué fantástico! Naturalmente, en tal caso, usted es una periodista famosa, más o menos.

—Sí… Más o menos —amplió su sonrisa Brigitte.

—La señorita Montfort fue reina en una ocasión —intervino socarronamente Carmody.

—¡Oh…! ¿De veras? ¿Qué clase de concurso ganó usted, señorita Montfort?

—No fue exactamente un concurso —deslizó amablemente la divina espía—. Fui elegida por un cerebro electrónico para gobernar, como reina, en un país. Y la elección del cerebro electrónico fue refrendada inmediatamente por toda la nación. Digamos, que fui… una reina de verdad, con cetro y corona.

Sakit Dien Bo la estaba contemplando ahora muy atentamente. Por fin, susurró:

—¿Se está usted refiriendo a los sucesos de hace ahora dos años en Atlantic Kingdom?

—Efectivamente. Me sorprende que usted recuerde eso.

—¡Oh!, algo leí sobre esos acontecimientos. Ocurrieron cosas terribles en ese país, ¿no es cierto? Parece que pesaba una maldición sobre las reinas, o algo así… ¿Ya no existe tal maldición?

—No. Ya no. Estuve no hace mucho en Atlantic Kingdom, de paso y reina allí la paz, la prosperidad y la alegría de vivir.

—Interesante país. Me gustaría saber cosas de él…

—Con gusto la informaré, cuando podamos tener una charla

tranquila. Sin embargo —sonrió Baby—, le recuerdo que la periodista soy yo, no usted, señorita Bo.

—¡Ciertamente! —rió ella—. ¿Aceptaría tomar el té conmigo mañana?

—¿Horario inglés?

—¡Horario inglés! —volvió a reír Sakit—. La estaré esperando a las cinco. Hasta luego.

Se alejó, acompañada por Ferguson. Wilson B. Carmody encendió un cigarrillo, mientras miraba atentamente a Brigitte.

—¿Siente usted interés por Sakit?

—Y por su gato —sonrió la espía—. Es un hermoso gato siamés. Enorme. ¿Lo lleva siempre con ella?

—Se llama «Mongkut». Creo que es el nombre de un rey que hubo en Siam…, en Thailandia, vamos. Sí, es un hermoso, suave y manso animalito que Sakit suele llevar consigo a todas partes. Le gusta preferentemente el caviar.

—¿A Sakit?

—Al gato —rió Carmody—. Es muy refinado.

—Ella también parece muy refinada. Y está muy al corriente de sucesos que no deberían interesar a una actriz de cine, según mi parecer. Apuesto a que mañana me servirá té de Thailandia.

—Seguramente. Está ganando tanto dinero con sus películas, que parece que hasta el Fisco ha perdido el control. Bien… No sé si voy a parecerle impaciente, Brigitte, pero…

—Creo que iré a bailar con Ronnie y mis pocos admiradores —cortó sonriente Brigitte—. Respecto a su medalla, la tendrá mañana. Hasta luego.

Carmody había quedado estupefacto, pero reaccionó rápidamente, sujetando a Brigitte por un brazo.

—¿Mañana? —susurró—. Yo tenía la impresión de que usted no estaba haciendo nada…

—Soy muy elegante, en mis trabajos. He dicho mañana, Wil… Quizá, pasado mañana.

—Pero…

Brigitte se alejó, tras darle una palmadita en la mano que la sujetaba del brazo. En su grupo fue recibida poco menos que con vítores…, mientras un poco más allá, Sakit Dien Bo daba a su gato un canapé, de caviar, seguramente. El animal comía con un

refinamiento exquisito, relamiéndose a cada bocado…

—Repugnante animal, ¿no es cierto? —comentó Ronnie.

—No, no… Por el contrario, Ronnie. Los gatos son los animales más limpios que existen. Son muy celosos de su bello aspecto y si se relamen, no es de placer, sino para limpiarse los bigotes y la boca de los restos de comida.

—¿De veras? —exclamó otro apuesto admirador—. ¡Atiza, y yo que creía que eran unos golosos glotones!

—Nada de eso. Los gatos…

—¿A quién le interesan los gatos? —cortó otro, riendo—. ¡Vamos a mover el esqueleto!

Capítulo VI

Era cerca de la una cuando, al fin, Brigitte pudo romper el cerco de apuestos jóvenes, deslizándose sola hacia el jardín de la terraza. Quedó de pie junto a un gran macetero con hortensias. Miró a su alrededor, abrió el bolsito que pendía de su muñeca y sacó la pequeña radio. Apretó el botón.

Al cabo de unos segundos oyó la voz de Nash, tensa, indecisa:

—¿Sí…? ¿Quién llama…?

—¿Quién va a ser? —refunfuñó Brigitte—. ¿Le ocurre algo?

—No, no… Todo va bien. Es que me… me he sobresaltado al oír el «bip, bip, bip» ese… ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Sakit llegó hace tiempo, la última, como es su costumbre. ¿Y bien?

—Pues… lo siento. No pasó nada. Salió de su villa y se vino directamente a la fiesta.

—¿Está seguro?

—Completamente. La he estado siguiendo muy de cerca. Esta vez no me he fiado de ver el auto: la he visto dentro a ella.

—Eso está bien…, siempre y cuando ella no le haya visto a usted.

—Quizá me haya visto —rió Nash—. Pero dudo que me haya reconocido, en ese caso. Ya le dije que me caracterizaría de tal forma que ni usted podría reconocerme.

—Magnífico. Bien… ¿Qué hay del auto?

—Tengo un amigo que me está ayudando en eso, pero todavía no sabemos nada. Sin embargo, lo encontraremos, esté segura de ello.

—Si usted lo dice… Alan, voy a darle un consejo: no haga nada sin mi supervisión.

—¡Oh!, vamos…

—Escuche bien esto, porque cerraré enseguida la radio: usted se

ha metido en un avispero que contiene algo más que ladrones de joyas. Cuide su vida y consúlteme cualquier acción que piense emprender. ¿Lo ha entendido?

—Claro. Pero…

Clic. Brigitte cerró la radio, la guardó en el bolsito y permaneció allí, inmóvil, fumando, muy pensativa. Esperaba no haber exagerado en las últimas palabras dichas a Nash. Si su intuición servía de algo (y había servido de mucho en docenas de ocasiones), todo podía tener un final muy diferente del que se pudiera haber previsto. En cuanto a Sakit Dien Bo…

Sus orejitas parecieron moverse hacia atrás. Volvió la cabeza y alzó las cejas al ver acercarse a ella, lentamente a Dino Moranti, el amiguito de Sheila
O'Hara.

Él sonrió al verse descubierto y llegó ante ella con esa sonrisa amplia, simpática, de buen muchacho.

—Hola —saludó—. ¿Se está aburriendo?

—No.

—¿Está segura?

—Completamente.

—Pues lo dice con el mismo tono con que podría decir que le encanta ir al dentista… ¿Se ha enterado del último chisme?

—¿Cuál chisme?

—La Templeton se droga.

—¡Ah…! ¿Y… quién es la Templeton?

—¡Cómo! ¿De veras no lo sabe? Claro… Bueno, es una… especie de momia, como Sheila. Fue famosa en su tiempo. Ahora, tiene mucho dinero, pero ningún amante. El último la dejó ayer mismo, para largarse con su doncella. ¿No es divertido?

—Mucho. ¿Se droga por eso?

—¡Se empapurra de «coca»! Pero, parece ser que ya lo hacía antes…

—Algo así como Sheila, ¿no? —sonrió Brigitte—. ¿Cree que ella fumará marihuana en pipa cuando usted la deje?

Dino Moranti se echó a reír.

—¡Es usted formidable! Oiga, se me acaba de ocurrir una idea: ¿por qué no nos fugamos usted y yo, a ver si Sheila empieza a fumar marihuana en pipa?

—Lo haría con gusto —sonrió Brigitte—. Pero yo no soy una sirvienta, señor Moranti. Y a los hombres como usted, lo que se les da bien es eso: o damas maduritas, o sirvientas. Hasta luego.

Comenzó a alejarse, pero Moranti la asió bruscamente de un brazo y le hizo dar media vuelta velocísima, dispuesto a besarla en la boca. A tal fin, atrajo a la señorita Montfort con fuerza… Y ya abría su boca dispuesto al beso, cuando algo pasó. Algo extraño, sorprendente, rarísimo: el suelo pareció desaparecer bajo los pies de Dino Moranti y un instante después del batacazo, éste se encontró sentado en el brillante mosaico de la terraza, más atónito que dolorido.

—Pero, señor Moranti…, ¿qué le pasa? —preguntó amablemente Brigitte, como si no fuese ella quien le había aplicado la 7.ª llave de pierna de judo—. ¿Se encuentra mal?

—¡Dino! ¿Qué haces ahí sentado? ¿Estás borracho?

Los dos miraron hacia la puerta de la terraza, desde la cual se acercaba rápidamente Sheila
O'Hara.
Moranti se puso en pie vivamente, sacudiéndose las posaderas, fruncido el ceño.

—Al demonio —mascculló—. ¡Siempre estás vigilándome!

—¿Qué hacías sentado en el suelo? —barboteó la
O'Hara.

—Me estaba enseñando una postura de yoga —dijo Brigitte—. Parece ser que relaja mucho. Por cierto, Sheila: ¿fuma usted la marihuana en pipa?

—¡Qué tontería…! ¡Claro que no!

Brigitte le dio unas palmaditas en la enjoyada diestra.

—Todo llegará, querida, todo llegará…

Entró en el salón, sonriendo en verdad divertida, dejando a cargo de Dino Moranti la explicación de su aterrizaje sobre el mosaico…

—Dile adiós a la señorita Montfort, «Mongkut».

—Miaauuu…

La espía se había vuelto rápidamente, a tiempo de ver cómo el hermoso gato siamés lanzaba su maullido de despedida, siempre en los brazos de su ama, la bellísima y exótica Sakit Dien Bo.

—Qué animalito tan bien educado —sonrió—. ¿Se marcha usted,

señorita Bo?

—Sí. La verdad es que acudo a estas fiestas por no parecer poco sociable, pero no acaban de gustarme. ¿Y a usted?

—Unas sí y otras no.

—Pues si esta no le gusta demasiado —rió la tailandesa—, le sugiero que se venga conmigo. No se aburrirá.

—Magnífico… ¿Y adónde iríamos?

—A mi casa. Hoy toca allí. Unos cuantos amigos nos marchamos siempre antes de que las fiestas se pongan insoportables, a casa de uno de nosotros. Hoy he ofrecido la mía.

—¿Y qué hacen allí?

—Se baila un poco, se bebe, se charla… No hemos inventado nada nuevo, pero… nos hemos seleccionado unos a otros, de modo que tenemos asegurada compañía agradable.

—¡De acuerdo! —rió Brigitte—. ¡Acepto!

—¿Vino usted en el coche de Carmody?

—Desde luego… ¿Cómo sabe eso?

—¡Oh!, me he interesado un poco por usted y sé que está invitada en su casa. Bien… Puede venir en el mío y después de la fiesta, cualquiera de mis amigos la llevará a casa de Carmody. ¿Bien?

—Perfecto. Escapémonos de aquí ahora mismo.

Salieron a la terraza, cruzándose con la O'Hara y Moranti, que regresaban al salón, discutiendo agriamente. Sakit saludó alegremente, bajaron al jardín y corrieron hacia los coches, estacionados en la amplia plazuela circular. En dos coches más había algunas personas esperando y Sakit les hizo una seña. Inmediatamente, los dos autos se pusieron en marcha. Ellas dos entraron en el de la tailandesa… Al volante había un hombre y otro a su lado. Detrás, iban solamente ellas dos…

—¿Nos fugamos ya? —rió el del volante.

—A todos gas, Andrew —rió también Sakit—. Ya conoces a la señorita Montfort, ¿no es así?

—Un poco. Hola, guapa.

—Hola —sonrió Brigitte.

El que estaba junto a Andrew volvió la cabeza, y Brigitte estuvo a punto de respingar al ver sus facciones orientales…, idénticas en

cuanto a características, a las de los dos hombres que había matado en el *bungalow* de Alan Nash.

—Él es Doi Peh —dijo Sakit—. Como ve, compatriota mío… Y buen amigo. Lástima que en mis películas, casi siempre hace de villano. Doi Peh tiene cara de malo, ¿no le parece?

—No demasiado —musitó Brigitte—. Aunque tampoco se puede decir que su cara sea muy amistosa, señor Peh.

Sakit y sus amigos se echaron a reír. Brigitte miró la enjoyada mano de la tailandesa, que pasaba y repasaba por el lomo del refinado gato, que maullaba casi inaudiblemente de placer.

—Es auténtico, naturalmente —pareció adivinar Sakit los pensamientos de Brigitte—. Me lo enviaron hace un par de años desde Siam unos admiradores. De pequeñín era un encanto.

—Y ahora también —dijo la espía.

—Pero menos. Se ha vuelto muy gandul, ya no le gusta jugar tanto, y en cambio, siente una grandísima inclinación por sus esposas. Es muy… apasionado.

—¿Cuántas esposas tiene?

—Seis. Traídas también de Siam, por supuesto.

Ellas suelen pelearse en muchas ocasiones, supongo que por el amor de «Mongkut».

—¡Oh…! ¿Y qué hace «Mongkut» entonces?

—Se va a tomar el sol. Es un gato inteligente.

—Sin duda alguna. Y parece tan manso…

—¿«Mongkut»? ¡No le haría daño ni a un pajarillo! Es un verdadero encanto, se lo aseguro…

Cuando el coche se detuvo, los otros dos estaban ya esperando ante las verjas, hacia las cuales se dirigía en aquel momento el soñoliento portero. Al fondo se vislumbraba la casa, blanca, enorme… Estaba completamente rodeada de jardines, y, recortándose contra las estrellas, Brigitte vio algunas cañas de bambú… Muy apropiado, desde luego.

Sakit le dijo al portero que no avisase a los criados por el teléfono, que se arreglarían solos, y que se retirase a dormir.

La casa estaba completamente a oscuras, excepto la luz del gran pórtico de bellas columnas. Sakit fue la primera en apearse y se llevó un dedito a los labios, sonriendo.

—Sssttt… Respetemos el descanso de quienes trabajan…

Hubo algunas risitas y el grupo de doce personas se dirigió hacia la casa, todos de puntillas, emitiendo risitas bajas.

Sakit abrió la puerta, esperó a que todos pasaran y rió por lo bajo cuando uno de sus amigos mostró los zapatos en una mano. La diversión puede encontrarse en cualquier sitio, evidentemente... Todos de puntillas, fueron en pos de Sakit, que caminaba hacia la gran puerta doble que se veía a la izquierda del vestíbulo.

Abrió la puerta, la empujó y exclamó:

—¡Ya estamos en casa! ¡Todo el mundo debe...!

Había encendido la luz, y, mientras ella callaba bruscamente, los demás lanzaron una exclamación de espanto y sorpresa..., mientras el hombre vestido completamente de negro, cubierta su cabeza con una capucha del mismo color, se apartaba de la abierta caja fuerte y tomaba una metralleta que había sobre un sillón, para apuntarla inmediatamente, con seco gesto, hacia el grupo.

Durante dos o tres segundos, el silencio fue total, hasta que se oyó el gemido de una de las chicas del grupo:

—¡Ay, Dios mío...!

Brigitte miró de reojo a Sakit y la vio como petrificada, fijos sus desorbitados ojos en el hombre, que en aquel momento hacía un expresivo gesto con la metralleta.

—Quietos —ordenó con voz ronca—. Si uno solo de ustedes se mueve, dispararé contra todos.

Nadie se movió. El hombre permaneció unos segundos expectante, moviendo velozmente sus ojos de uno a otro. Por fin, cautelosamente, se acercó de nuevo a la caja fuerte empotrada que había estado oculta tras la cabeza disecada de un tigre... La caja estaba abierta, y el hombre metió la mano dentro. Comenzó a sacar joyas y dinero, nerviosamente, sin mirarlas, siempre pendiente del grupo, en el que ya no reía nadie. De nuevo miró Brigitte a Sakit y la vio tensa, crispada, entornados los ojos en un gesto furioso, casi cruel...

—Permanezcan donde están. Si intentan seguirme, dispararé.

Volvió la mirada hacia el ladrón de joyas, procurando no sonreír, aunque no pudo evitar una muequecita irónica y un tanto dura. Por supuesto, no sería ella quien se moviera. Y, puestos a contener los nervios, no había nadie allí que supiera hacerlo mejor que ella.

El ladrón acabó de meter las joyas robadas en un saquito de piel negra, siempre mirando a los atemorizados testigos. Dejó unos segundos la metralleta, para cerrar el saco. Estaba evidentemente crispado, alterado, pero sostenía bien la situación, no cabía duda… Sobre todo, teniendo en cuenta que la agente Baby no pensaba mover ni una pestaña y que ella era la única persona allí capacitada para hacer algo. Pero todo lo que hacía era contemplar al ladrón: completamente cubierto de negro, incluso las enguantadas manos, la cabeza… Todo. No se veían de él más que los ojos, por dos estrechas ranuras en la capucha… ¡Cuántas precauciones para ser un ladrón tan sigiloso y que hasta entonces nadie había podido ver! Además, debía ser bastante sordo… Sí, bastante sordo, pues de otro modo tenía que haber oído la llegada de los coches, las risas del grupo al entrar en la casa… Tenía que ser completamente sordo.

—Allí —señaló un rincón el ladrón, con la metralleta—. Todos hacia aquel rincón.

La primera en moverse fue Brigitte y los demás la siguieron dócilmente. El ladrón fue hacía una ventana, la abrió, pasó una pierna por ella, y, de pronto, con gran agilidad, pasó afuera… Andrew adelantó un paso, excitado.

—¡Vamos a…!

El ladrón reapareció en la ventana de pronto, las mujeres chillaron… y la ráfaga obligó a todos a tirarse al suelo, aterrados, mientras las balas rebotaban en la pared, destrozando cuadros, reventando jarrones…

Cesó la ráfaga y Brigitte alzó la cabeza, mirando hacia la ventana, sonriendo secamente. Tendidas en el suelo, las otras chicas sollozaban agudamente, histéricas. Fuera del salón, se oían gritos, pasos precipitados… Brigitte se puso en pie y dijo, tranquilamente:

—Se ha ido definitivamente. Ya no hay peligro.

La doble puerta se abrió bruscamente en aquel momento y los sirvientes de la casa entraron precipitadamente, todos en ropas de dormir, muy abiertos los ojos… Uno de ellos, se dirigió hacia Sakit y la ayudó a ponerse en pie, hablando excitadamente en su idioma. Sakit reaccionó con cierta brusquedad y señaló el teléfono, hacia el cual se precipitó el sirviente, marcando en el acto…

—¿Policía? —Casi gritó—. ¡Esta es la casa de…!

Brigitte iba mirando de uno a otro a los sirvientes, sin interesarle

lo más mínimo lo que pudiera decirle el del teléfono a la policía… Todos eran tailandeses, evidentemente. Nadie parecía saber qué hacer y los apuestos muchachos del grupo consolaban como podían a sus parejas, que lloraban ahora a lágrima viva… El sirviente que estaba al teléfono, lo colgó y tartamudeó algo, mirando a Sakit, que se dejó caer en un sillón, contemplando ceñudamente su abierta caja fuerte recién saqueada. Otro criado llegó a toda prisa y se quedó en el umbral, sin saber qué hacer, mirando a todos lados… Brigitte le dirigió una plácida mirada, conteniendo de nuevo su sonrisa. El hombre tenía la frente perlada de sudor, respiraba agitadamente… Tenía una nariz diminuta, y tan chata, que los orificios nasales parecían un divertido enchufe… Sakit lo miró y musitó:

—Tieh, sírvenos *whisky* a todos. Por una vez, lo necesitamos de verdad: tenemos que serenarnos, para cuando llegue la policía…

—¿Alguna pista? El teniente Maxwell se volvió al oír la pregunta y se quedó mirando a la muchacha que se la había formulado.

—Es posible, señorita… señorita…

—Montfort.

—¡Oh!, sí: Montfort. Bien, como le digo, es posible que tengamos alguna pista. Pero no lo sabremos seguro hasta que mis hombres hayan terminado el trabajo aquí. ¿No debería usted estar dentro, con los demás?

—Me ahogaba ahí dentro, teniente. Pensé que no molestaba a nadie tomando un poco el aire.

—Por supuesto que no… Usted no parece tan asustada como las demás mujeres.

Brigitte sonrió y miró hacia el jardín, donde, con luces, la policía, por grupos, estaban buscando huellas del paso del ladrón, mientras que, dentro de la casa, los técnicos en huellas se dedicaban a la caja fuerte y sus alrededores…

—¿Por qué habría de estar asustada? —sonrió.

—Bueno… Les dispararon una ráfaga de balas, ¿no es así? Afortunadamente para ustedes, salió demasiado alta… De otro modo, es posible que tuviéramos ahora más de un cadáver en la casa.

—Eso sí sería en verdad lamentable. Pero, como usted bien dice, dispararon tan alto que… salimos con vida. Suerte, ¿verdad?

—¿Qué otra cosa? —entornó los ojos Maxwell.

—Ninguna, por supuesto. Yo… no quisiera parecerle impertinente, pero temo que están perdiendo el tiempo ahí dentro. No encontrarán ninguna huella: el ladrón llevaba guantes.

—¿Pretende usted enseñarme mi trabajo? —Gruñó Maxwell.

—¡De ninguna manera! Usted haga su trabajo, y yo haré el mío. Sólo quería…

—¿Cuál es el trabajo de usted?

—Periodista.

—¡Oh! No me dijo eso antes.

—No le dije nada sobre mi profesión, porque usted nada me preguntó.

—Creí que era una… una… chica de esas del cine, ya me entiende…

—Una invitada, nada más. Vine aquí porque me aseguraron que me divertiría.

—¿Y se divirtió?

—Psé. Al menos, tengo un buen artículo que escribir. Aunque si usted no quiere, no escribiré nada.

Maxwell abrió tanto los ojos que casi parecieron a punto de saltar de las órbitas.

—¿Estoy soñando? —exclamó—. ¡Un periodista que me dice…! ¡Oh, vamos, usted me está tomando el pelo! —Acabó gruñendo.

—Le aseguro que no… ¿Saben ya por dónde entró el ladrón?

—Es usted muy lista —masculló el policía—. Dice que no va a publicar nada, pero me está interrogando con una habilidad endemoniada. Pues le aseguro… ¿Qué hay?

El detective que se había detenido a dos pasos se acercó.

—Entró por el tejado, teniente. Por uno de los respiraderos que sirven además para servicio de limpieza y reparaciones.

—Está bien —masculló Maxwell, captando la sonrisita de la señorita Montfort—. ¿Y por dónde se fue?

—No sabemos. No hay huellas.

—¿Qué? —bramó Maxwell.

—Bu-bueno, quiero decir… que no hemos encontrado sus huellas en el jardín, señor…

—¡Pues tienen que estar! ¿O no?

—Sí… Deberían estar, pero… Bueno, hemos rastreado ya todo el

terreno, y no creemos que…

—¡Ah…! ¿Se fue volando, entonces? Comprendo…

El detective enrojeció al captar la agresiva sorna de su jefe.

—Seguiremos buscando —murmuró.

—Qué gran idea, detective Granger…

El hombre se alejó, farfullando algo, y Brigitte miró sonriente a Maxwell.

—¿No ha sido un poco duro con el muchacho, teniente?

—Escuche, señorita Montfort, no suelo ser grosero, pero le voy a pedir un favor: ocúpese de sus cosas y yo de las mías, tal como hemos hablado antes. ¿Está claro?

—Como quiera. ¿Puedo marcharme, o van a registrarme antes, por si tengo las joyas?

—Muy graciosa… ¡Muy graciosa! Periodista tenía que ser, desde luego… Puede marcharse: no parece probable que tenga usted las joyas.

—¿Por qué no?

—Oiga, no me irrite más… Llevo meses detrás de ese ladrón de joyas, de modo que he perdido todo sentido del humor. Pero si quiere una explicación, se la daré: ni usted, ni nadie de la casa, puede tener esas joyas, puesto que el ladrón se las llevó. ¿No se le había ocurrido eso?

—Debo ser tonta… Entonces, ¿puedo marcharme?

—A su gusto.

—¿Estará mal que deje mis huellas en el teléfono para pedir un taxi? No quiero molestar a mis amigos en estas circunstancias.

—Hay una cabina de teléfono a doscientas yardas de aquí. Úselo… Así no dejará huellas.

—Es usted muy rencoroso —rió Brigitte—. Adiós, teniente.

Maxwell soltó un bufido y la estuvo mirando alejarse hacia las verjas…

Mientras tanto, la señorita Montfort salía de la mansión, a la solitaria avenida. Delante había solamente un coche de la policía, con las luces apagadas y un agente vigilando, ni él mismo debía saber qué.

La señorita Montfort estaba llegando ya a la cabina telefónica, cruzándose con un individuo barbudo y greñudo, de auténtica mala facha y vestido pésimamente, encorvado y casi tambaleante, que

llevaba una botella en un bolsillo de la mugrienta y raída chaqueta. Sonriendo, Baby entró en la cabina, abrió el bolsito…, y frunció el ceño… Ni una sola moneda suelta.

Salió de la cabina y fue hacia el inquietante y torvo sujeto, que estaba plantado junto a la pared, mirando las estrellas, guiñando los ojos…

—Me quedé sin monedas y tengo que llamar pidiendo un taxi. ¿Me presta unos centavos, Nash?

El sujeto lanzó un respingo y se quedó mirando con expresión desorbitada a Brigitte.

—Maldita sea mi suerte —mascullό al fin—. Ahora comprendo por qué fracasé: ¡ya no sé ni disfrazarme!

—No, no… Lo ha hecho muy bien, Alan, de veras. ¿Tiene esas monedas?

—Bueno, ya que me ha descubierto, puedo llevarla en el coche que alquilé, ¿no?

—Prefiero regresar en taxi, por si el teniente Maxwell decide investigar luego mis pasos.

—Demonios es usted muy lista… He estado esperando que me llamase por el aparatito ese, pero supongo que no ha podido… ¿Qué ha pasado exactamente? Algo gordo, ¿no?

—Han robado las joyas a Sakit Dien Bo.

—¿Qué…? —Pareció no entender Nash.

Brigitte se lo explicó todo rápidamente y Nash quedó turulato, boquiabierto.

—Pe-pero no… no es posible… ¡Si le han robado a ella, quiere decir que no tiene nada que ver en esto!

—Eso parece. El ladrón es el hombre que escapó saltando las verjas, supongo.

—¿Qué verjas? ¿Las de esa mansión? De eso, nada… Llevo siguiendo a Sakit desde que salió para ir a la fiesta, no he perdido de vista el terreno que pisa en lo posible… Ningún hombre ha saltado esas verjas, señorita Montfort.

—Ya lo sé, Alan.

—¿Lo sabe? Pero… Bueno, yo no entiendo…

—Todo ha terminado… para usted. Le diré lo que tiene que hacer ahora: vaya a dormir a cualquier parte…, que no sea su *bungalow*, claro, y mañana dedíquese a localizarme el coche de esa

gente… Si lo consigue, llámeme por la radio. Luego, desaparezca: quédese quieto en un lugar seguro, hasta que yo le llame a usted. Eso es todo.

—Pero yo quisiera…

—Ssst…

Alan Nash se volvió sobresaltado al oír tras él la recia voz del agente que había visto salir a Brigitte de la mansión de Sakit Dien Bo:

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

Se quedó mirando severamente a Nash, pero Brigitte movió negativamente la cabeza, sonriendo.

—No, no… Me quedé sin monedas y le estaba pidiendo cambio a este caballero, que parece que tiene dificultades para encontrarlo en sus bolsillos…

—Aquí las tengo —gruñó Nash—. Y quédese su billete, guapa. Estoy encantado de servir a tan bella dama que…

—Está bien —dijo el policía—. Circule. Esta no creo que sea su zona, amigo… Circule.

Nash vaciló, pero al fin soltó un bufido y se alejó, seguido por la hosca mirada del policía, que se amansó extraordinariamente cuando fue hacia Brigitte.

—Nunca se sabe lo que pueden intentar tipos como ese… Y no es bueno que estén por Beverly Hills a estas horas.

Capítulo VII

Debía haber dormido muy bien, porque no tenía la menor señal de ojeras o cualquier tipo de fatiga en su rostro; al contrario, a las seis de la tarde estaba tan bella como una flor recién abierta al día. Había alquilado un coche por su cuenta, sin mencionarlo a los Carmody, había comprado unos prismáticos y llevaba casi cuatro horas apostada cerca de la mansión de Sakit Dien Bo, vigilándola…, sin resultado hasta el momento.

Pero esto no la inquietaba ni impacientaba en lo más mínimo.

Lo que sí la tenía inquieta, y mucho, era que Alan Nash no contestase a sus repetidas llamadas por la radio. Ciertamente, dado que el actor no era un experto en estas cuestiones, podía incluso haber estropeado la radio que ella le había facilitado, pero este pensamiento no conseguía ahuyentar completamente el negro presagio de que algo le había sucedido.

Llamó una vez más con el mismo resultado: silencio. Un silencio absoluto… De pronto, dejó la radio en el asiento contiguo y tomó los prismáticos, enfocándolos hacia las verjas de la mansión de Sakit Dien Bo.

—¡Ah…! El hombrecillo sudoroso y jadeante —musitó—. Por fin se mueve… Lo cual es una imprudencia, estando tan cercano el robo de las joyas… Sin embargo, deben tener muy buenos motivos para no perder tiempo…

El hombre que había salido de la casa era el llamado Tieh, el que había llegado en último lugar al salón de Sakit, después de cometerse el robo. Y se alejaba de la casa a pie… Brigitte dejó los prismáticos y se miró brevemente al espejo retrovisor. Perfecto: no era probable que la reconocieran, con la peluca rubia, las lentillas de contacto, los rellenos en las mejillas… Puso en marcha el coche y comenzó a seguir de lejos a Tieh, que caminaba sin prisa, indiferente a todo, al parecer.

Diez minutos más tarde, cerca de Wilshire Boulevard, Tieh se acercó a un coche estacionado y se metió dentro, sin vacilar. Brigitte volvió a tomar los prismáticos, enfocándolos hacia allí. Sonrió secamente al ver a otro hombre dentro de aquel coche, al volante. Pero no era el coche que ya conocía... ¿Qué debían estar pensando aquellos tailandeses respecto a la desaparición de sus dos compañeros y del otro coche? Evidentemente, no habían encontrado el vehículo y, al no tener noticias de los otros dos, debían estar alarmados. Quizá era por eso que se movían, que estaban tomando decisiones. Por diversos motivos, aquella gente estaba precipitando los acontecimientos.

El coche de los dos tailandeses abandonó pronto Beverly Hills, tomando Wilshire, hacia Santa Mónica. Y durante media hora, la espía internacional estuvo siguiendo aquel coche, manteniendo siempre la distancia y toda la cautela y sapiencia que había adquirido en sus muchos años de espionaje. No era probable que los dos hombres se dieran cuenta de llevaban tras ellos otro coche.

Finalmente, tras dejar atrás Santa Mónica, tomaron Seaside Road, hacia el Norte y poco después se desviaban hacia la izquierda, por un estrecho camino de tierra que descendía hacia la playa... Comprendiendo que aquel era el final del viaje, pues no era probable que fuesen a continuar viajando en coche por la playa, Brigitte detuvo el coche tras sacarlo de la pista, hacia un grupo de árboles. Recogió rápidamente el maletín, se apeó y caminó hacia el otro lado de la carretera, hacia la playa. Cuando se asomó, todavía pudo ver cómo el coche se detenía frente a un conjunto de viejos chalets, que parecían abandonados. Evidentemente, habían tenido mala idea al construirlos allí, pues el agua, en las mareas, debía llegar hasta las casas. Mal negocio, sin duda.

Los dos hombres se apearon y Brigitte se encogió cuando, tan sólo por el iniciado gesto de sus hombros, comprendió que iban a volverse, para mirar hacia arriba, hacia la carretera... Cuando volvió a asomarse, los dos hombres caminaban hacia una de las casas. Estaban todas muy juntas, como queriendo aprovechar el espacio de tierra firme, sin blanduras arenosas. En los rojos tejados faltaban bastantes tejas y todo, en general, ofrecía un aspecto descuidado, melancólico... Quizá porque empezaba a oscurecer.

—Un poco más de oscuridad no me vendrá mal —pensó—. Pero

me aseguraré de que ese chalet queda bajo mi control.

En aquel momento, los dos hombres subían al porche de la casa y la puerta se abría antes de que hubieran llamado. Desaparecieron en su interior.

Brigitte se pasó la lengua por los labios. ¿Y bien? Estaba claro que el tal Tieh tenía su propio juego en aquel asunto. La pregunta lógica era: ¿tenía también su propio juego la exótica Sakit Dien Bo? ¿Estaba enterada de todo aquello, de modo que Tieh era uno de sus cómplices? ¿O simplemente un grupo de tailandeses estaban tramando algo a la sombra de la jovencita de porcelana?

Se deslizó hacia la casa, escondiéndose junto a las paredes de las otras. Todas estaban silenciosas. Con el silencio de un lugar vacío, solitario. Muy cerca, casi tocando los primeros porches, el mar lamía la arena… Quizá no tardase mucho en llegar el agua a los porches.

Llegó a la casa, examinó las ventanas del porche y la puerta y frunció el ceño al ver luz por debajo de ésta. Mas no en las ventanas, que debían estar tapadas con tupidas telas, o sacos. Era fácil comprender que había alguien delante mismo de la puerta y dentro de la casa, de tal modo que si ella entraba por allí utilizando una de sus ganzúas, la iban a oír… y no le harían un recibimiento simpático, precisamente.

Miró hacia lo alto de la casa, dubitativa. Vio la seca parra en uno de los lados y se acercó allí sin vacilar. Asió con una mano la parra y tiró de ella, suavemente, pero con fuerza. Resistiría, por supuesto. Se pasó al asa del maletín por la muñeca, se aferró con ambas manos a la parra y emprendió la difícil ascensión; tenía que subir pero, al mismo tiempo, evitar brusquedades que pudieran producir ruido, o, peor aún, el desprendimiento de la parra, con lo que ella se vendría de espaldas al suelo.

Sin embargo, una vez más, aquellos músculos de acero que se escondían en los redondos y suaves bracitos, respondieron al esfuerzo. Lentamente, pero con una firmeza y seguridad sorprendentes en una muchachita de aspecto tan delicado, Brigitte fue ascendiendo, hasta llegar al borde del tejado, en vertiente doble. Se agarró a las primeras tejas, y cuando iba a efectuar la agilísima torsión que la colocaría encima del tejado, dos de las tejas se desprendieron, quedando en su mano izquierda; el cuerpo de la

espía, falto de un asidero, comenzó a desequilibrarse, a caer hacia atrás y de lado…

Si allí hubiera estado una persona corriente, la aventura habría terminado, o bien habría soltado las tejas, haciendo un considerable ruido contra el tejado o el porche, o bien se habría caído de espaldas, llevando las tejas en una mano… La reacción de la agente Baby no fue de persona «normal», sino la propia de quien en cientos de ocasiones ha salvado la vida gracias únicamente a la rapidez de reacción de un cerebro privilegiado: tiró las tejas hacia atrás, por encima de su hombro, con toda su fuerza, y, mientras la mano nuevamente libre se clavaba en el borde del tejado de nuevo, las tejas tan fuertemente impulsadas no caían en el porche, sino en la arena, silenciosamente, allá donde llegaba el agua de las olas ya muertas.

Se quedó como clavada en la pared con uñas y dientes y un lento y profundo suspiro brotó de su pecho. De nuevo lo intentó, esta vez asegurándose de que ponía la manos en lugares sólidos, de tal modo que pudo efectuar sin más contratiempos la asombrosa torsión de cuerpo, lenta, a pulso, que la colocó de bruces encima del tejado inclinado, paralelamente al borde de éste. Muy despacio, fue cambiando de postura, hasta que pudo comenzar a gatear hacia el vértice del tejado donde se veía la salida de la claraboya. Avanzaba adelante sólo unas pocas pulgadas cada vez, desplazándose siempre a pulso sobre las puntas de los pies y las manos, tanteando antes la solidez del tejado… Cuando llegó junto a la claraboya de dimensiones justas para la salida al tejado de una sola persona, el rostro de Baby brillaba debido al fino sudor que lo cubría completamente.

Se acomodó, quedando sentada a estilo árabe, con las piernas cruzadas; abrió su maletín y sacó el cepillo para el cabello. Apretó el mango y la fina aguja de acero apareció, brillando en la ya casi completa oscuridad de la noche. La introdujo entre el marco y la claraboya y durante un par de minutos, estuvo buscando el cierre. Por fin, siempre con una suavidad absoluta, hizo un esfuerzo con la muñeca, y, a sus finos oídos llegó el ligero chasquido del cierre.

Probó la tapa de la claraboya, comprobó que se abría y guardó rápidamente el cepillo, volvió a colgarse el maletín de una muñeca y alzó completamente la tapa. Dentro, todo estaba oscuro, pero la

oscuridad era ya un… ambiente al que la espía internacional estaba acostumbrada. Se introdujo dentro, bajó la tapa, y quedó encogida, sin moverse, casi sin respirar. Segundos después, encendía su pequeña linterna… y hacía una mueca de desagrado. Estaba en un desván de techo bajísimo, lleno de cosas viejas y, especialmente, de telarañas… Oyó un ruidito en el piso, bajó rápidamente la luz y aún pudo ver la pequeña rata escondiéndose tras unas cajas.

Dirigió la luz hacia la pequeña puerta cuadrada que tenía en el extremo del pequeño desván y luego, antes de acercarse a ella, iluminó el piso, en busca de algún obstáculo. No había ninguno, de modo que llegó tranquilamente a la puerta. Estaba cerrada por fuera, pero eso no representó ningún obstáculo. Segundos después, la abría, quedando de nuevo ante otra zona oscura… Dirigió la luz hacia allí, vio el tramo de escalones de madera… La cocina. Abajo tenía la cocina. Bajó sigilosamente, apoyando los pies con tal cuidado que las maderas no crujieron ni una sola vez.

Por debajo de la puerta de la cocina se veía luz y a través de la madera, llegaba el rumor de voces… Una de esas voces, especialmente, vibraba con ira, más fuerte que las demás.

Baby Montfort se acercó a la puerta, pistolita en mano y se arrodilló, buscando una ranura por donde mirar…, justo en el momento en que oía un profundo gemido de dolor.

El desafortunado Alan Nash, ya con la barba y la peluca greñuda arrancadas, gimió al recibir el puntapié en el vientre y, una vez más, se vino abajo, encogido, golpeándose duramente contra suelo.

Tenía las manos atadas a la espalda, se veía sangre en su pecho, la nariz hinchada a golpes, los labios partidos… Su barbilla parecía haber sido sumergida en sangre y en todo el rostro, con los manchurrones rojos, se veía el brillo de un copioso sudor, que goteaba a todos lados.

Tendido de lado, sus ojos se volvieron hacía el hombre que acababa de golpearle una vez más, mientras los otros dos permanecían a la expectativa, pistola en mano, sonriendo fríamente. Las ventanas estaban herméticamente cerradas, incluso cubiertas con cortinas oscuras, de tal modo que ningún sonido saldría de la casa. Y hacía tal calor allá dentro, que no era solamente Nash quien sudaba. Era como un horno, como una caja cerrada que había estado todo el día expuesta al sol…

—Dentro de muy poco llegará ella, Nash —dijo el tailandés—, y entonces todo le irá mucho peor. Usted no sabe de lo que es capaz… Créame.

—Prefiero… esperarla…

—No sea loco. Ella lo hará pedazos. Yo soy un hombre, sé golpear, pero… mi imaginación es pobre. La de ella es riquísima en refinamientos que usted ni siquiera puede imaginar. Créame: ahórrese unos cuantos golpes ahora y lo que ella puede hacerle cuando llegue… Usted mató a dos de nuestros compañeros, pero quizá no lo hizo solo. Ella piensa que alguien le está ayudando en esto… Dígame dónde están Ponh y Fuan y quién le está ayudando. Sólo eso, Nash y morirá rápidamente. ¿Qué contesta?

—No.

—Es usted un estúpido, ciertamente. No sabe en el lío en que se ha metido, se lo aseguro… De él, sólo saldrá camino del cementerio. Pero puede hacerlo sin dolor… ¿Quién le está ayudando? ¿Quién más está con usted en esto? ¿No quiere decirlo?

—No.

El tailandés se acercó, furioso y aplicó un punterazo en el hígado de Nash, que lo dejó como petrificado, lívido, desencajado el rostro, abierta desmesuradamente la boca en un gesto de angustia…

—¿Quién le está ayudando? —repitió el tailandés, ceñudo—. Sea quien sea, lo ha dejado solo y lo va a pasar muy mal si persiste en su silencio. Usted no entiende de estas cosas, Nash: tarde o temprano, sabemos que hablará, que nos dirá todo lo que queremos, y usted sólo habrá conseguido sufrir en vano. Es sólo un pajarillo que se ha puesto a volar entre águilas…

—Yo más bien diría entre buitres —dijo una voz detrás de ellos —. Y aquí llega una paloma.

Capítulo VIII

Los tres tailandeses se volvieron como centellas hacia la puerta de la cocina y los dos que tenían las pistolas en la mano, movieron éstas significativamente hacia allí, ya listas para el disparo…

Los dos disparos de la pequeña pistolita de cachas de madreperla sonaron casi juntos, como suavísimos chasquidos. La primera bala dio en la cabeza de un tailandés, justo en el centro de la frente y el hombre dio un grito, efectuó una vuelta hacia atrás y cayó de cara contra el suelo, instantáneamente muerto. El otro tuvo mejor suerte, por el momento: recibió la balita en el hombro derecho, lanzó un aullido soltando la pistola, giró y fue a caer de rodillas delante de Nash, que miraba con expresión entre aliviada y angustiada a la bellísima muchacha de cortos cabellos rubios.

La cual se había vuelto hacia el hombre que le había estado golpeando, apuntándole firmemente al pecho, hacia donde él dirigía la mano, directa hacia el sobaco…

—Piénselo bien, Doi Peh —susurró Baby—. Demuestre lo listo que es.

Doi Peh, el amigo de Sakit Dien Bo al que Brigitte había conocido la noche antes en el coche de la tailandesa, quedó inmóvil, con la mano como pegada al pecho, sin moverla ni una décima de pulgada más. Su mirada fue hacia Tieh, que gemía, de rodillas, crispada su mano izquierda en la herida del hombro derecho…

—Es bastante listo —sonrió Brigitte—, lo admito. Aunque espero que no vaya a decirme que esto es una película en la que usted, una vez más, hace el papel de villano… No le creería, claro.

Doi Peh entornó los ojos, por los que pasó un destello de asombro, de incredulidad.

—¿Señorita Montfort? —musitó, acercándose un poco a ella.

La sonrisa quedó como congelada en los labios de Brigitte.

—Si da un paso más, Doi Peh, yo lo frenaré para siempre.

—No se ponga nerviosa —sonrió el tailandés—. Ha sido sólo por la sorpresa. Le aseguro que en la última persona que habría pensado es en usted.

—Pues ya ve qué cosas tiene la vida.

—Se va de asombro en asombro, ¿no es cierto? Dígame: ¿usted está ayudando a Nash?

—Digamos que… trabajamos juntos. Pero Nash no ha permitido que le ayudase del todo, ya que no quiso seguir mis consejos. Le dije que se apartara del asunto.

—Sabio consejo —musitó Doi Peh—. ¿Por qué se lo dio? ¿Quería la recompensa que ofrecen por las joyas devueltas para usted sola?

—¿Joyas? —sonrió de nuevo Brigitte—. ¡Ah!, pero…, ¿este es un asunto de robo de joyas, Doi Peh?

Los ojos del tailandés casi se cerraron completamente.

—¿Usted piensa que no? —susurró.

—En efecto, eso pienso. ¿Estoy equivocada?

—Es posible. Veamos… ¿Qué busca usted con todo esto? ¿Dinero?

—Se va a reír, Doi Peh. ¿Sabe cuál será mi recompensa cuando termine todo esto?

—¿Cuál?

—Un pequeño florerito de cristal de Bohemia.

Doi Peh mostró una amplia sonrisa casi simpática.

—No está mal. Pero habrá algo más, ¿no?

—¡Oh!, pues… Sí, desde luego. También ganaré un amigo —señaló a Nash—. Un amigo más en mi larga lista de amigos en todo el mundo.

Nash soltó una risita, pero enseguida, su rostro se crispó en un gesto de dolor. Doi Peh hizo chascar dos dedos, con cierta impaciencia.

—Su conversación es agradable, señorita Montfort, pero me parece que no estamos hablando todo lo claro que el asunto requiere…

—De acuerdo en eso, Doi Peh. Hablemos claro, entonces… ¿Qué tienen que ver los rusos en todo esto?

—¿Los rusos?

—La radio que llevaba uno de sus compañeros es de fabricación

rusa. No lleva marca alguna, naturalmente, pero yo identifico el material soviético con una sola mirada.

—Pues tiene buena vista. Esa radio se la quitamos a un agente de la MVD que estaba… metiendo sus narices en ciertos círculos de Thailandia, hace algunos meses.

—Entiendo. Son gajes del oficio… Del oficio de espía, quiero decir.

—¿Qué sabe usted de esas cosas? —murmuró despectivamente el tailandés.

—Estoy aprendiendo —dijo—. Y usted será uno de mis maestros. Recoja a su gimiente compañero, colóquelo en un sillón y dígale que se calle. Usted, se volverá de espaldas a mí, tirará su pistolita hacia el desafortunado señor Nash, se sentará junto a su compañero y entonces, seré yo quien dirigirá un nuevo interrogatorio. Primero, a las buenas, Doi Peh.

—¿Y luego?

—Si llegamos a ese «luego», le demostraré que por mucho que sepa Sakit de… refinamientos persuasivos, no es más que una… gatita ladrona comparada con una pantera carnicera. ¿Usted me entiende? ¿Sí? Pues haga lo que le he dicho. Primero, tire la pistola. ¿*Okay*, villano?

Doi Peh se pasó la lengua por los labios. Había algo de estremecedor en aquellos bellos ojos que ahora eran de color castaño. Tan estremecedor, que Peh obedeció exactamente la orden, tirando la pistola hacia Nash, que dio un tirón a las cuerdas y volvió a gemir.

—Quieto, Alan. Lo soltaré pronto. En cuanto nuestro amigo se haya sentado… Y póngase cómodo, Doi Peh: es bueno, para charlar. Ayude primero a este llorón.

Sombrío el gesto, Doi Peh se acercó a Tieh y lo ayudó rotundamente a ponerse en pie. Giró, como dispuesto a llevarlo hacia el sillón, pero, con una rapidez que sólo podía conseguirse con una musculatura prodigiosa, volvió a girar, al mismo tiempo que lanzaba al herido contra Brigitte, con una fuerza y precisión totales. El herido chocó contra Brigitte, con terrible fuerza, hasta el punto de que ella perdió el equilibrio y cayó sentada violentamente… Alan Nash lanzó un grito de aviso, pero ya el menudo y macizo Doi Peh estaba volando, directo hacia la espía, en

un salto increíble…, que lo llevó a caer de bruces encima de Brigitte, en un impacto tan brutal que la cabeza de ésta dio contra el suelo, al mismo tiempo que la pistolita escapaba de su mano, resbalando por el sucio suelo.

Encima de Baby, Doi Peh lanzó un alarido de triunfo y sus fornidas manos fueron hacia el cuello de la espía…, sin encontrarlo. Alan Nash, imposibilitado para ayudarla, asistió, atónito, a la más espectacular demostración de habilidad física que jamás había presenciado… Mientras las manazas de Doi Peh caían hacia el cuello de la delicada señorita Montfort, ésta lanzó un manotazo, que las desvió, al mismo tiempo que su fino cuerpo giraba debajo del de Peh, igual que si fuese una varilla de acero en una máquina. Esto es, de modo incontenible… Doi Peh lanzó un grito, se vio proyectado hacia un lado y aún estaba rodando cuando Brigitte se había puesto en pie.

Nash gritó una advertencia:

—¡El otro…!

Brigitte se volvió, vio a Tieh inclinado para recoger su pistolita y lanzó un puntapié que le acertó de lleno en la barbilla. Con un alarido, Tieh saltó hacia arriba, dio una vuelta, cayó de cabeza y quedó inmóvil…, mientras Baby, que había invertido en esto una fracción de segundo, giraba sobre el pie afirmado en el suelo, hacia Doi Peh, que comenzaba a ponerse en pie… Lanzó hacia él el mismo pie, clavándolo de punta en su vientre. Peh lanzó un chillido, quiso asir el pie de la espía, falló y perdió el equilibrio… y recibió otro puntapié, ahora en los riñones, por detrás, que lo tiró de cara contra el suelo…

Se puso en pie de un salto, rugiendo, volviéndose hacia la «frágil mujercita», que apareció ante él, prietos los labios, entornados los ojos, enviando un golpe de karate hacia su rostro.

—¡Crash…! La nariz de Doi Peh pareció estallar, al mismo tiempo que él parecía volar hacia la pared. Rebotó en ella, llegó rodando hasta donde estaba su pistola, junto a Nash y la empuñó frenéticamente…

Doi Peh quedó arrodillado, inmóvil, con los ojos vueltos hacia dentro, como si quisiera ver qué efectos había causado aquel golpe dentro de su cabeza. De pronto, pareció deshincharse, soltó la pistola y cayó de bruces. Ya sin hacerle caso, Brigitte fue hacia Tieh,

que hacía esfuerzos por incorporarse. Lo asió por el cuello de la chaqueta, lo puso en pie y lo llevó a tirones hacia un sillón, donde lo tiró con seco gesto.

Por fin, se volvió hacia Alan Nash, que la contemplaba con expresión desorbitada.

—Qué barbaridad —sonrió la espía—. Casi pierdo la peluca.

Capítulo IX

Ayudó a Nash a sentarse en un sillón, le colocó entre los labios un cigarrillo encendido y se quedó mirándolo cariñosamente.

—¿Qué pasó con la radio?

—La reventaron de un balazo…, que me habría acertado en el corazón. Perdí el conocimiento y cuando desperté, estaba aquí, atado de pies y manos. Ocurrió que…

—Que no quiso hacerme caso. Localizó a quien había alquilado el coche, vino aquí a buscarlo solito y le dieron una lección. Esto no es para usted, Alan. Créame: dedíquese a hacer películas.

Nash refunfuñó algo por lo bajo, mientras Brigitte limpiaba su ensangrentado rostro y examinaba con expresión crítica la pequeña herida, a base de cortes poco profundos que tenía en el pecho, producida por la radio al reventar bajo el impacto de la bala…

—Esto no es nada. Le pondré un esparadrapo y listo, por el momento.

Así lo hizo, mientras Nash miraba de ella al herido Tieh, que permanecía en el sillón, como paralizado, contemplando con espanto a la divina espía.

—¿Cómo llegó usted hasta aquí? —preguntó de pronto.

—Montada en una escoba —sonrió Brigitte.

—No tiene por qué machacar tanto que me considera tonto.

—Está bien… Anoche, robaron en la mansión de Sakit, pero desde el principio me pareció todo muy raro. El ladrón tenía que ser sordo, pero, evidentemente, no lo era. Entonces, pensé que todo aquello había estado preparado: si también robaban a Sakit Dien Bo, jamás nadie sospecharía de ella. Y además, había que dejar bien sentado que el ladrón era un hombre muy peligroso, con su metralleta y todo… Sólo que, cuando el ladrón disparó, lo hizo muy alto, no podía arriesgarse a herir a Sakit. Ésta lo había preparado todo muy bien: quería que el ladrón fuese visto, que no cupieran

dudas de ninguna clase. Y el ladrón fue visto, en efecto, de eso se encargó él mismo, que, siguiendo las instrucciones de Sakit, esperó a que ella y todos sus amigos entrasen en el salón, tal como se había convenido. Luego, el ladrón escapó, pero no fuera de la mansión, sino hacia el tejado, por alguna cuerda o escala que previamente había dejado. Desde allí, mientras los demás sirvientes abandonaban sus habitaciones para ver qué ocurría, llegó a su cuarto, cuya ventana estaba abierta, se quitó las ropas negras y, en pijama, se apresuró a bajar, tras esconder las joyas… Llegó al salón en último lugar, sudoroso, todavía jadeante… ¿No es cierto, Tieh?

El tailandés la miró, pero no contestó, Brigitte se limitó a sonreír.

—Yo comprendí todo esto —siguió—, de modo que ya no cabían dudas de la intervención de Sakit en todo esto. Pero, al mismo tiempo, la bella tailandesa me tenía… sorprendida. Sabía cosas y hablaba de ellas con un interés que no correspondía a una triunfadora estrella de cine… Se interesaba por cosas que no… eran adecuadas, simplemente. Entre eso, la radio de bolsillo de fabricación rusa, los hombres con pistola provista de silenciador, su… frialdad de actuación y un poco de intuición por mi parte, comprendí que el asunto real no era el robo de joyas. ¿Verdad, Tieh?

Éste permaneció en silencio, como antes. Sólo que esta vez, Brigitte no sonrió. Se quedó mirándolo fijamente.

—He matado ya a cuatro hombres en esto, Tieh. Matar cinco no tendrá la menor importancia para mí. Veamos: ¿cuál es el asunto auténtico? Espionaje en alguna faceta, ¿no es cierto?

—No.

Brigitte se plantó delante de él, pistolita en mano.

—Tieh —susurró—: llevo muchos años oliendo espionaje y sus muchas derivaciones. Hay pocas cosas que puedan sorprenderme ya, pero siempre se puede aprender algo nuevo, aunque no sorprenda. Quiero saber la verdad. ¿De acuerdo?

—No hay ninguna verdad que explicar —jadeó Tieh.

Brigitte asintió con la cabeza, sombríamente.

—¿Puede caminar, Alan?

—Sí… Claro…

—Vaya a la cocina a buscarme un tenedor.

—¿Un…?

—Un tenedor. El más grande que encuentre.

Tieh miró con expresión sobresaltada a Brigitte y captó la congelada sonrisa de la espía, que dijo, amablemente:

—No se asuste. Sólo quiero extraerle la bala que le he metido antes en el hombro. Sólo que, como soy muy chistosa, no empezaré a buscarla por el hombro, sino por el vientre. ¿Quién sabe? A lo mejor la bala ha ido bajando, bajando y está ahora en el vientre… ¿No lo cree posible?

El rostro de Tieh perdió un poco más de color.

—Usted no hará eso —musitó.

—Aquí está el tenedor —dijo Nash, tendiéndolo a Brigitte.

—Gracias, querido. Siéntese, no se canse. Esto puedo hacerlo yo sola. Si el amigo Tieh no empieza a contestar a mis preguntas con formalidad y deseos de cooperación, buscaré esa bala… a mi manera. Es que no estudié Medicina, que lástima. ¿Y bien, Tieh?

—No lo hará —jadeó el tailandés.

—¿Ha oído hablar de Baby, de la CIA?

Un relámpago de alarma pasó por los ojos de Tieh, que quedaron fijos en la espía, mientras de su rostro naturalmente bronceado desaparecía todo vestigio de color, quedando de un extraño tono amarillento. Brigitte asintió con la cabeza.

—La tiene delante, en efecto —susurró—. Y aquí va la primera pregunta: ¿dónde están las joyas robadas?

Tieh apretó los labios y Nash, inquieto, recordó:

—Sakit va a venir, ellos lo decían…

—Lo sé, por eso, no perdamos más tiempo, ya. Apunte a Tieh con su pistola, Nash. Yo voy a… extraerle la bala.

Se inclinó hacia el tailandés, tenedor en ristre… Un segundo más tarde, la casita vibraba bajo el alarido de Tieh. Hubo un segundo alarido, un tercero… Tieh sudaba y gemía… Aunque quizá Nash estaba sudando más que él, aterrado. A la cuarta vez que se oyó el alarido, siguió la voz de Tieh, como rota:

—Ya… ya… No más… ¡Le diré lo que quiera…! ¡Se lo diré!

Brigitte se incorporó. Se quitó de la frente unas gotitas de sudor y asintió con la cabeza.

—¿Dónde están las joyas robadas?

—Están… aquí mismo, debajo de… de esas tablas… Pueden

levantarse…

Brigitte miró hacia donde señalaba Tieh. Apartó el sillón que había encima de aquella parte, metió el tenedor entre las junturas de dos tablas e hizo presión. Segundos después, un recuadro de madera se alzaba… La espía metió una mano dentro, tanteando… Tuvo que meter medio cuerpo en el hueco, para llegar a tocar algo… Cuando se incorporó, tenía en una mano un voluminoso saco negro, que parecía muy pesado. Lo depositó sobre una mesita redonda, lo abrió completamente y en el acto miles de destellos comenzaron a brotar, como llenando la casita de luces de calidoscopio. Alan Nash pareció a punto de desmayarse.

—Las joyas… ¡Las joyas están aquí…!

Se abalanzó hacia ellas, bajo la amable mirada de Brigitte que se encaró de nuevo con Tieh:

—¿Por qué…? No, no. Lo preguntaré de otro modo: ¿cuál es el destino de estas joyas?

—Thailandia.

—Entiendo. ¿Qué harían con ellas?

—Pagar una partida de armas que hace tiempo está esperando.

—¿Para qué son las armas?

—Para una revolución. Hay… hay preparados varios asesinatos y un proyecto para apoderarse de todos los centros de comunicación y abastecimientos de Bangkok…

—Sigo entendiendo. ¿Quiénes son las víctimas?

—No lo sé.

—Tieh…

—¡No lo sé! ¡Sakit sabe eso, pero yo no! También lo sabía Doi Peh, pero usted lo ha matado… ¡No sé más de lo que le he dicho! Una revolución está esperando solamente las armas que pagaríamos con estas joyas. ¡No sé nada más!

—Pero Sakit sí lo sabe.

—¡Sí, ella sí!

—La esperaremos —musitó Brigitte—. Aunque importa bien poco ya lo que ella pueda decirme, Tieh. Siempre he detestado las revoluciones armadas. Comprendo que a veces es necesario un cambio de aires en un país, pero hay mejores caminos que la matanza de inocentes… Alan: márchese con las joyas.

—¿Qué? —aulló Nash—. ¡Ni hablar de eso!

—¿Acaso no están todas?

—¿Eh…? Pues no sé… Supongo que sí… Y esto es lo extraño, ¿no le parece?

—Un poco extraño sí es… ¿Por qué no han enviado las joyas, Tieh?

—Hasta dentro de cinco semanas no hay que hacer el pago… Sakit dijo que era mejor retenerlas aquí, pues la operación de llevarlas a Thailandia era mejor realizarla una sola vez.

—Es muy lista… Tiene razón, desde luego. ¿Cómo está planeada esa operación?

—Vendrá un helicóptero a buscarlas, las llevará mar adentro y las entregará en un yate, que seguirá viaje hacia Honolulu. Antes de llegar a Honolulu, las recogerá otro helicóptero, que…

—Entiendo, entiendo. Ahórrese esfuerzos. De salto en salto, el lote completo habría llegado clandestinamente, por supuesto, a Thailandia. Todo está bien planeado, desde luego. Bien… ¿Cuándo va a venir Sakit?

—No lo sé. Ella me envió para que ayudase a Fao y Doi Peh a eliminar a… a Nash y a preparar las joyas.

—¿Para enviarlas ya?

—Sí.

—¡Ah…! Está asustada… Por eso, se hizo «robar» sus joyas anoche, para enviarlas también, con destino de su causa revolucionaria, sin que nadie pudiera sospechar nada, ya que no las vendía, sino que se las habían robado… Está muy asustada, sabe que la desaparición de dos de sus amigos significa algo… y ha querido… terminar la operación. ¿Es eso?

—Sí —musitó Tieh.

—Entonces… ¡van a venir esta misma noche a por las joyas, con el helicóptero!

—Sí.

—Maldito sea —jadeó Nash—. ¡Estamos perdiendo el tiempo escuchándole, metidos en esta trampa, mientras él espera que lleguen sus amigos y nos maten…!

—Sí —sonrió Brigitte—. Es muy astuto. Pero nosotros no somos tontos: márchese con las joyas, Alan.

—Si usted se queda, yo me quedo. Y le advierto que nada de lo que diga o haga me hará desistir…, o no ser que me mate.

—No me gusta perder tontamente un amigo —sonrió Brigitte—. Vaya pensando en lo que dirá, Alan, porque yo, en cuanto acabe el asunto, desapareceré de aquí y no querré saber nada con él.

—¿No deberé mencionarla?

—No. En ningún sentido.

—Entonces…, ¿realmente es usted una espía?

—Sí —sonrió Brigitte—. ¿No es todo asombroso? Una espía que sin saberlo se mete en un asunto de espionaje, un actor que volverá a ser famoso, una exótica muchacha con magnífico futuro en el cine que lo deja todo para servir a una revolución con una serie de asesinatos políticos… Es lo que nosotros, los espías, llamamos un «cóctel». Y casi nunca tiene buen sabor.

—¿Vamos a esperar a Sakit?

—Usted haga lo que prefiera. Yo sí la espero, desde luego. Quizá consiga algunos datos que puedan ser de utilidad a mis compañeros en Siam. Aunque no creo que esa jovencita sepa grandes cosas… ¡Oh!, una pregunta más, Tieh: ¿quién ha robado todas estas joyas? ¿Usted?

—No… Yo sólo hice lo de anoche. Era Sakit la que iba a los demás sitios. Ella… es capaz de pasar… por cualquier agujero, o camino… El que sea.

—Claro: la gatita ladrona.

—Ya le dije que era ella —gruñó Nash.

Brigitte lo miró, sonrió y encendió un cigarrillo.

Capítulo X

Otras veces, el finísimo oído de Baby la había advertido de la proximidad de alguien, de algo… El más leve sonido le había bastado para comprender que algo o alguien se aproximaba… En aquella ocasión no fue así… Cuando sonó la llamada a la puerta, estaba completamente relajada, todavía pensativa… No había oído nada, eso era todo.

Por tanto, se sobresaltó, se puso en pie de un salto y miró a Nash, que se había vuelto hacia la puerta, aún más sobresaltado que ella, pistola en mano. Antes de que el actor pudiese reaccionar, Baby se llevó un dedito a los labios, controlando ya la situación. Señaló a Tieh, que se había enderezado en el sillón, luego se señaló a sí misma y por último hacia la puerta.

Fue hacia allí, la abrió, quedando a un lado, y, muy rápidamente, Sakit Dien Bo entró en el chalet, con su gato siamés en brazos, alterado el rostro.

—Hay que…

Sakit Dien Bo enmudeció. Había visto a Nash, pistola en mano, y, con fino y rápido instinto, se volvió hacia la puerta, junto a la cual vio a Brigitte, que en aquel momento la cerraba, con toda suavidad, pero cortando la posible huida de la exótica actriz-espía.

—Hola —sonrió Baby—. Sea bien venida, Sakit.

La bonita tailandesa miró hacia la mesa donde estaba el negro saco con las joyas que durante meses habían sido robadas a los magnates cinematográficos de Beverly Hills. Era imposible no ver el brillo del oro, del platino, de las piedras preciosas… Solamente un ciego habría dejado de ver aquella fabulosa fortuna. Luego, Sakit miró hacia Tieh y su ceño se frunció:

—Entonces, estuve en lo cierto —musitó—. Tieh es un cómplice de los ladrones de joyas…

Brigitte se echó a reír, quedamente, con elegancia exquisita.

—Fantástico —exclamó—. A eso le llamo yo auténtica rapidez mental, querida mía. Ahora, veamos si adivino el resto: usted va a decir que ha tenido una… confidencia, que ha venido en su coche sólita hasta aquí, lo ha dejado en la carretera, ha bajado para ver si descubría a los ladrones de joyas… Toda una heroína, querida Sakit… ¿He adivinado?

—Pues sí —sonrió la muchacha—. ¡Sí, eso es! Oh, estoy muy sorprendida de encontrarla aquí, señorita Montfort.

—Eso sí lo creo. Lo que quizá no la haya sorprendido tanto es que haya faltado a mi cita para tomar té en su mansión… Apuesto a que eso la ha dejado intranquila. Pero, de todos modos, usted ya tenía que venir aquí, ¿no es cierto?

—Bueno, yo no sabía…

—¡Oh, vamos…! ¿Lo ha olvidado? El helicóptero, las joyas, la revolución, el asesinato de Nash… ¡No es posible que haya olvidado todo eso, querida! ¿Cuándo vendrá el helicóptero?

—¿Qué helicóptero?

—Sakit: usted es una gata ladrona, a la cual, por su… magnífica actuación y sigilo, admiro, en el fondo. Sepa que Tieh ha sido tan amable de contárnoslo todo, de modo que poco más hay que hablar. Sólo queda detenerla a usted, empaquetarla, como si fuese un… bulto… frágil, eso sí, y enviarla a la Central de la CIA en Washington.

—Ni siquiera sé de qué está usted hablando…

—Vamos, vamos, querida… No es fácil engañar a una espía de mi categoría. Sea buena niña.

—Una de las dos está loca, señorita Montfort.

—Sin duda debo ser yo: siempre he oído decir que la genialidad no es más que una manifestación de locura. Aunque —vaciló graciosamente, chupándose un dedito— ¿no será al revés? Quizá sea que la locura es una forma de genialidad… ¿Usted qué opina?

—No sé. Estoy tan… desconcertada… No entiendo nada…

—Y su gatito tampoco. Lamento no tener canapés de caviar para ofrecerle.

—¡Oh!, es que… Bueno… Le diré que «Mongkut», no sólo come canapés de caviar…

—¡Cómo! ¿Será posible que tan magnífico gatito coma sardinas vulgares, por ejemplo? Si es así, me haré muy amiguita de él. Tengo

en Marruecos un amigo que me envía sardinas por barcos enteros… ¿No sabe usted que en Safi, Marruecos, está el puerto sardinero más importante del mundo?

—No sabía eso.

—¿Ve…? Como yo digo, siempre se está a tiempo de aprender. Lo que sea. Bueno, niña, camine hacia ese sillón junto a su criado y tómeselo con calma. Esperaremos juntos al helicóptero… ¿Cuántos hombres llegan en él?

—Pero es que no sé qué decirle, de veras…

Brigitte emitió un gracioso suspiro de resignación.

—De acuerdo. Siéntese, y esperaremos juntos. Si todo es un error, cosa que dudo, le devolveré muy pronto las joyas que el granuja de Tieh le robó anoche. Pero si no es un error… ¡Oh!, qué malos pensamientos tengo a veces…

—Me sentaré —musitó Sakit—. Estoy tan asustada…

Se dirigió hacia el sillón señalado por Brigitte, pero, de pronto, sin dejar de caminar, se volvió con toda rapidez y lanzó hacia Baby el gato que llevaba en brazos, al mismo tiempo que gritaba algo en su idioma. Durante una fracción de segundo, pareció una escena de película, como si de un momento a otro fuese a oírse la orden de «¡corten!»… Pero en el segundo siguiente, los acontecimientos demostraron que no había allí ningún director de cine dispuesto a dar tal orden.

En aquel segundo, todos entraron en movimiento. Tieh gritó, se puso en pie y corrió hacia la puerta.

Sakit continuó gritando órdenes al gato, Nash se volvió hacia Tieh, alzando la pistola… Todo sucedió en un segundo escaso: Nash disparó contra Tieh, metiéndole una bala en el corazón, por la espalda, antes de que llegase a la puerta y Sakit comenzó a correr hacia la cocina, mientras su gato, «Mongkut», aún en el aire, bufaba furiosamente, abriendo sus patas, mostrando unas terribles uñas afiladísimas, que se cernieron sobre los ojos de la agente Baby…

—¡Marrrrramaaaoooo…!

Lívido el rostro, Brigitte giró sobre sí misma, esquivando la acometida del gato, que cayó sobre el montón de joyas, hundiendo en ellas sus escalofriantes uñas, con una furia inaudita, arqueado el lomo, tiesos los pelos… La espía se revolvió, apuntó al pequeño felino y disparó… Inútil el gato estaba de nuevo en el aire,

buscando otra vez sus ojos, bufando con su furia inaudita, mostrando los agudos colmillos, echando chispas verdes sus perversos ojos. Fallido el disparo, Brigitte consiguió, empero, esquivar aquella segunda acometida y el «simpático» animalito cayó a cuatro patas en el suelo, donde pareció rebotar, de nuevo hacia Brigitte, que estaba absolutamente aterrada…

Doce libras de piel finísima bajo la cual latían poderosos músculos cayeron por fin sobre Baby, que dejó la pistolita y dedicó ambas manos a sujetar a «Mongkut» por el cuello, gritando, inmersa en el más grande pavor. El gato lanzaba zarpazos a diestro y siniestro, pero ni una sola de sus uñas llegó a lacerar la fina carne dorada.

Como en una visión de *Flash*, Brigitte vio a Nash, pistola en mano, moviéndose, indeciso, buscando una oportunidad…

—¡Alan! —gritó—. ¡No dispare! ¡No dispare…!

Orden desobedecida. Alan Nash había disparado. El gato lanzó un maullido espantoso, terrible, se encogió en el aire, dio un par de vueltas y cayó al suelo, prácticamente sin cabeza, de la cual quedaban solamente unos jirones de piel teñida de rojo…

Brigitte quedó de rodillas, ocultando el rostro entre las manos durante unos segundos, mientras Alan Nash, atónito una vez más, miraba el gato sin cabeza, la pistola, de nuevo el gato, una vez más la pistola…

—Le… le acerté —exclamó al fin—. ¡Le di en la cabezota de lleno! ¡Nadie me creerá cuando lo cuente!

Brigitte pareció reaccionar entonces. Miró hacia la puerta de la cocina y echó a correr hacia allí, mientras Nash continuaba admirándose a sí mismo por la inesperada puntería que había demostrado poseer… O quizá, dando gracias al cielo por la fortuna de aquel disparo, que, posiblemente, había salvado los más bellos ojos del mundo.

Apenas entró en la cocina, Brigitte se dio cuenta de que la puerta no había sido tocada; miró hacia arriba, al tramo de escalones de madera, y, sin vacilar, se lanzó por ellos a toda velocidad… Subió al desván con ratas y telarañas, lo cruzó a oscuras, salió al tejado como disparada por un cañón… y tuvo que aferrarse con ambas manos a la cubierta de la entrada, para evitar rodar hasta el borde y de allí al suelo. Todavía no había recuperado

el equilibrio cuando vio a Sakit saltando desde el borde de aquel tejado al de la casa vecina… Un salto fabuloso, que puso de punta los cabellos de la espía internacional. Por un par de segundos, quedó petrificada, mientras Sakit, apenas una sombra, corría por el otro tejado, alejándose, escapando.

Sin detenerse a pensar en la dificultad que todo ello implicaba, Baby se puso en pie y echó a correr por el tejado detrás de la tailandesa. Varias tejas saltaron, rotas, cayendo rodando por el alero inclinado… Lanzada a aquella velocidad suicida, Brigitte llegó al final del tejado, y lanzó un grito de espanto al ver el vacío bajo sus pies… Pero una vez más su instinto resolvió el apuro. Sólo hizo lo que se podía hacer: saltó, se impulsó con todas sus fuerzas y lanzó un grito cuando sus pies llegaron al otro tejado, en cuyo extremo opuesto, Sakit se disponía a saltar de nuevo… Lo hizo, y, sin el menor esfuerzo aparente, llegó al tejado de más allá, continuando la huida.

Comprendiendo la inutilidad de amenazar o dar órdenes a la tailandesa, Brigitte siguió el mismo camino, efectuando otro salto como nunca lo había hecho en su vida. Era como ponerse a prueba a sí misma… En la negra noche, con sólo el rumor de las olas resonando en sus oídos, saltó al vacío, recorrió los diez pies que la separaban del otro tejado, resbaló en éste al llegar… y comenzó a rodar hacia abajo, hasta que sus manos se clavaron no supo dónde. Completamente aterrada, dio un tirón, se encontró de nuevo en el tejado… y al mismo tiempo vio venir hacia ella a Sakit, que parecía una auténtica gata en un cómodo paseo nocturno. Antes de que llegase junto a ella, supo lo que iba a hacer…

Por eso, cuando Sakit lanzó su puntapié, Baby ya se había apartado. Vio pasar aquella fina pierna brillante muy cerca de ella, se puso de rodillas en el tejado, esquivó un nuevo puntapié, se puso en pie, y lanzó un espantoso golpe de karate, con los dedos rígidos. Sakit lanzó un aullido, se llevó las manos al rostro, dio media vuelta y continuó su fuga…, llevando tras ella, como si fuese su propia sombra, a la más audaz espía internacional jamás habida.

Estaba a punto de alcanzarla cuando Sakit se volvió, alzó una pierna y Brigitte recibió el golpe en el vientre. Quedó encogida, llenos de lágrimas los ojos, tambaleándose… Sakit volvió a mover la pierna, y esta vez, aunque no le alcanzó el golpe, Brigitte estuvo a

punto de rodar tejado abajo…

De pronto, comprendió lo que estaba ocurriendo: Sakit empleaba contra ella la artística lucha llamada «silat»… Una lucha en la que ni siquiera hacía falta tocar al enemigo para derribarlo. Era como… como pasos de baile, que desconcertaban, hacían perder el equilibrio… El buen practicante del «silat» es capaz de derribar a su adversario sin tocarlo siquiera, sólo engañándolo con los movimientos del cuerpo, desequilibrándolo, desorientándolo… Otra vez pasó la pierna de Sakit junto a Baby, que se agachó, quedó como un felino al acecho, y, de pronto, su pierna derecha salió disparada, fuertemente.

Sakit lanzó un grito terrible cuando el pie de Baby dio en su bajo vientre. Dejó de bailar, para tirarse uñas en ristre contra la espía internacional, que apenas tuvo tiempo de sujetarle ambas manos. Quedaron como amarradas una a otra, mirándose a los ojos en aquella oscuridad que no parecía afectar a la gata ladrona…

—Quieta —jadeó la pantera—. Quieta, gatita, o…

La gata ladrona lanzó una dentellada por sorpresa y sólo la rapidez de reflejos de la pantera pudo evitar que los blanquísimos dientes se clavasen en su garganta… Una dentellada auténtica, como si fuese una fiera de la jungla defendiendo su vida. La pantera esquivó la dentellada y lanzó un zarpazo al pecho de la gata ladrona, que emitió un ronco gemido, se soltó de una mano y lanzó ahora un zarpazo hacia los ojos de la pantera… Un brazo fino, delicado, bellísimo, pero duro como una barra de acero, detuvo el golpe, con facilidad.

—Quieta, gata, quieta —jadeó de nuevo—. No me obligues…

Un nuevo zarpazo pasó ante los ojos de la pantera. Y en los ojos de ésta brilló un destello de furia.

—Sí esto es lo que quieres, tómalo.

A cuál más difícil equilibrio, a cuál en más inverosímil postura en el ángulo de aquel tejado, lanzando zarpazos la gata, le llegó la hora a la pantera. Su zarpa, feroz, dura, brutal, salió disparada y dio en el centro del rostro de la gata, en un impacto terrible, fortísimo. La gata emitió lo que podía parecer un maullido, dio un salto, se elevó… y desapareció por un lado del tejado, hacia tierra firme. Se oyó el sonido de su cuerpo contra el suelo…

Y luego, silencio.

La pantera se sujetó al tejado y estuvo así unos segundos, respirando cada vez más pausadamente. Por fin, se puso en pie y caminó con soltura por el tejado. Cuando llegó al borde y miró hacia abajo, vio el cuerpo de la gata ladrona, tendido en el suelo de espaldas y junto a ella, una silueta conocida.

—¿Nash? —susurró.

Alan Nash alzó la cabeza. Su voz sonó temblorosa, tensa:

—Está… está muerta…

Con absoluto desprecio hacia la ley de gravedad o cosas parecidas, la pantera saltó desde el tejado, cayendo como si sus piernas fuesen ballestas junto al reducido grupo. Ni siquiera se oyó un solo crujido de sus huesos. Era como goma, como acero y músculo puro. Tomó una muñeca de Sakit, estuvo inmóvil unos segundos y al fin musitó:

—Pues sí: está muerta.

—Se… se ha roto la cabeza…

—¿Qué me dice? Entonces, no era una gata, querido amigo, ya que todos sabemos que las gatas caen siempre de pie.

—Por Dios —jadeó Nash—. Usted no… no es humana, usted…

—Yo soy humana, querido Alan. Y ella también… Por eso está muerta.

—Usted mata… mata a la gente como… como si… no valiesen nada…

—Soy una especie de insecticida, ¿no cree? ¿Qué le pasa? ¿Por qué tiembla ahora? Sólo se trata de que una gata y una pantera han peleado… ¿Qué esperaba? ¿Qué ganase la gata?

—Pe-pe-pero esto… esto es terrible, es… es horrible…

—Lo siento por las seis esposas de «Mongkut»; tendrán que buscarse otro marido. Ahora, volvamos a la casa. Aún no ha terminado el asunto. Vamos… ¡Vamos!

Lo puso en pie de un tirón y lo llevó hacia la casa.

—Entre… Aún quedan cosas por hacer. Meta la mano en el hueco donde estaban las joyas y encontrará algo muy bueno. ¡Hágalo!

Como un autómata, Nash obedeció. Metió la mano en el escondite y sacó una metralleta, luego otra… Brigitte encendió dos cigarrillos, le colocó uno en los labios y tomó una de las metralletas. Movió la corredera y sonrió secamente.

—Están cargadas —dijo—. Vaya a aquella ventana y… ¿No me está oyendo? ¡Alan!

—Dios mío…

—Vamos, es usted un tipazo, un guapo atleta… Reaccione: imagínese que esto es una película. Usted es el héroe. Dentro de poco, vendrá un helicóptero con enemigos… ¿Sabe lo que se hace con los enemigos… de la paz? Se lo diré: se apunta hacia ellos, se aprieta el disparador, se les abrasa vivos… ¿Lo entiende? Nash: ¿lo entiende?

—Sí… Sí…

—Póngase…

Brigitte calló bruscamente. De nuevo sus oídos funcionaban a la perfección. Lo estaba oyendo… El sonido de un helicóptero era inconfundible para ella.

—Perfecto —susurró—. Estaban perfectamente sincronizados… Ella ha llegado unos minutos antes para recoger el botín y sacarlo… Escúcheme bien: voy a salir, con el saco de las joyas. Me verán, pueden confundirme con Sakit y entonces descenderán. No espere a que lleguen a la arena: cuando estén a tiro, dispare. Alan, ¿me oye?

—Pe-pe-pero los… los… los mataremos…

—De eso se trata.

—Por el amor de Dios…

—¡Usted no sabe lo que es el amor a Dios! ¿Quiere que yo le explique algo sobre esto? Pues escúchelo: una de las leyes de Dios dice que amarás al prójimo como a ti mismo. Posiblemente, es la mejor de todas sus leyes. Y ahora, dígame: ¿cree que esa gente ama a su prójimo? Sólo quieren utilizarlo, usarlo como carnada, como… como carne de cañón para conseguir sus propósitos… Escuche bien esto, Alan: en toda mi vida, he aniquilado gente como esa a montones y mientras tenga fuerzas, lo seguiré haciendo. Cuando sea una anciana decrépita, con el cabello blanco, las piernas arrugadas, las manos temblorosas y lleve dentadura postiza, yo seguiré eliminando a esa clase de gente, sea como sea… Lo estaré haciendo hasta que de mi pecho flácido escape el último suspiro… Y estaré muriendo y estaré echando veneno en la copa de un canalla, de un conspirador, de un político corrompido, de un espía traidor, de un revolucionario ambicioso… Y estaré muerta y mis huesos volverán a la Tierra, para matar aunque sólo sea de miedo a esa clase de

gente. Alan, entiéndalo: no valen nada, no son nada… Sólo son asesinos, traidores, cobardes, ambiciosos, descontentos con no ser ellos quienes gobiernen el mundo o parte de él. No son buenos, no son honrados, no son nobles… ¡no valen nada! ¡Nada! ¡Mátelos!

Asió la bolsa de las joyas y una de las metralletas y salió del chalet. Se acercó a la playa, y alzó un brazo, haciendo una señal amistosa. Arriba, en el helicóptero, brilló una luz y el aparato comenzó a descender. Seguramente, si hubiesen visto aquel bellísimo rostro femenino, no habrían descendido. Porque, en aquel momento, el rostro bellísimo mostraba una mueca dura, fría, congelada… Y los más hermosos ojos del mundo parecían dos témpanos, fijos en el aparato…

Y cuando el helicóptero estaba a unos treinta pies de la arena, la pantera se volvió hacia la casa.

—¡Alan! —gritó—. ¡Ahora!

De la casa no brotó ningún disparo… Y al mismo tiempo, el helicóptero pareció quedar suspendido, en un instante de indecisión que la espía captó perfectamente.

—¡Alan! ¡Dispare! —gritó.

Ningún disparo. El helicóptero comenzó a elevarse, evidentemente dispuesto a alejarse…

Baby Montfort no volvió a gritar, no quiso recordar a Alan Nash sus propias palabras sobre la clase de gente que iba en aquel helicóptero: simplemente, alzó la metralleta, apuntó durante un segundo, y apretó el gatillo.

Sabía disparar y aún sabía mejor dónde dirigir las balas. El helicóptero se convirtió de pronto en una roja, negra, violácea bola de fuego, que dio un par de extrañas vueltas antes de estallar, en un surtidor de pequeñas llamas que parecían tener todos los colores del arco iris… Cientos, quizá miles de pequeños fragmentos de metal incandescentes saltaron hacia todos lados, como diminutos meteoritos recién llegados a la noche terráquea… Luego, el grueso del helicóptero, convertido en una llamarada furiosa, se precipitó hacia el mar se hundió con feroz chisporroteo, alzando una columna de vapor de agua caliente…

Desde la playa, Brigitte estuvo contemplando cómo los restos del helicóptero se hundían en el mar, a tan poca profundidad que la policía no tendría la menor dificultad en encontrarlo más adelante.

Se volvió, fue hacia la casa, entró, y se dirigió a Alan Nash, que estaba como muerto, inmóvil junto a la ventana. Lo volvió suavemente hacia ella y le colocó la metralleta en las manos, tras tirar la otra, la de él, a un rincón.

—Usted lo ha hecho —susurró—. Adiós, Nash.

—Santísimo Dios…

—Nash, esto era espionaje, no robo de joyas, ni tonterías parecidas. No es la primera vez que me sucede. Es como… como si mi destino fuese este: vivir el espionaje, sentirlo en mí, dedicar mi vida a él en todas sus facetas… Es muy largo de contar y quizá en otra ocasión podremos hacerlo… ¿Le gusta el champán con guindas?

—¿El… el…?

—El champán con guindas —sonrió la divina—. Ya sabrá lo que es y lo que significa tomarlo. Cualquier día me encontrará, en cualquier sitio, y entonces tomaremos champán con guindas. Pero ahora tengo que marcharme. Diga lo que quiera a la policía, arrégleselas como le parezca, cobre su recompensa, escriba un guión cinematográfico con todo lo que ha ocurrido… Usted volverá a triunfar, se lo promete Baby. Pero, Alan, por nada del mundo me mencione. ¿Lo entiende?

—Sí… Sí, señorita Montfort…

—Solamente Brigitte, para mis amigos —ella lo besó dulcemente en la boca y recogió su maletín—. Voy a tomar algo de ese saco de joyas, Alan. Lo demás, devuélvalo usted. Adiós, Alan.

—A-a-a-adiós…

Cuando Baby Montfort salió de aquella cabaña a toda prisa, como una sombra entre las sombras, como una pantera invencible, arriba, en la carretera, se oía ya el ulular de las sirenas de la policía.

Este es el final

—Entonces…, ¿se va usted? —musitó Wilson B. Carmody.

—Así es —sonrió la señorita Montfort—. Según parece, el amigo de ustedes, el señor Nash, solucionó todo el asunto, y, puesto que se han recuperado las joyas, según dicen los periódicos, yo no tengo nada que hacer aquí.

—Sí… Claro…

—Un gran sujeto el señor Nash, ¿no es cierto? —sonrió de nuevo Brigitte—. Parece que va a escribir un guión para una película sobre este asunto. Tengo la impresión, señor Carmody, de que vendrá a ofrecérselo a usted… Y espero que usted le ofrecerá el papel de protagonista principal.

—Tal como están las cosas, temo que tendré que rogarle a Alan que trabaje para mí —sonrió desganadamente Carmody—. Pero lo intentaré.

—¡Oh!, él aceptará, estoy segura. Incluso creo que, mientras se prepara su guión, podría protagonizar «Los mil fuegos del infierno». ¿Usted qué opina?

—Sí… Me gustaría. En unas horas, ha saltado a la máxima popularidad…

—¿Quiere algún recado para el señor Pitzer?

—¡Oh!, pues… No sé… Dígale que de todos modos, le agradezco la ayuda que pretendió prestarme.

—¿Ayuda…? ¡Por Dios! ¡Casi olvidaba mi recompensa…!

Se dirigió adonde estaba el pequeño jarroncito de cristal de Bohemia, lo tomó cuidadosamente, y, aún más cuidadosamente, lo metió en su maleta, ante la atónita expresión de *mistress* Carmody. Miró a su alrededor, sonrió de nuevo y exclamó:

—¡Ajá! ¡No me dejo nada! De modo que puedo regresar a Nueva York ahora mismo… Vamos a ver… Tengo el pasaje reservado, la hora de salida… Llamé a mi apartamento para que Peggy me

espere… Todo está bien. ¡Vaya! —Chascó dos deditos—. ¡Otra cosa que se me olvidaba…!

Recogió un sobre que tenía sobre la cama, lo abrió, sacó de él una Medalla de Honor del Congreso y la prendió en el pecho de Carmody, que parecía a punto de desmayarse de puro asombro. La espía más hermosa del mundo cerró al fin su maleta y tiró del cordón que haría acudir al mayordomo Phil en busca del equipaje.

—Bien… Sólo queda decirnos adiós, ¿no es así?

—¿De… de… de dónde… sacó usted… esta medalla?

—¿Su medalla? Pues no sé… Quizá la encontré, quizá me la trajo un pajarito… Pero ahí la tiene. De donde se desprende que si yo cobro una recompensa, es porque la he ganado. ¿No está de acuerdo, señora Carmody?

—Sí, sí… Pero no entiendo… Si fue Alan Nash quien… ¡Oh, no entiendo esto, Brigitte!

—¿Qué más da, señora? Piense solamente en que yo decidí hace tiempo que los amigos de mis amigos son amigos míos. Y como ustedes son amigos de tío Car… del señor Pitzer, pues ya está. Estoy segura de haberme explicado bien. ¿O no?

—Pu-pues no demasiado, la verdad…

—¿No? —Se entristeció, graciosamente, Brigitte—. ¡Esto es una catástrofe! ¿Se imaginan…? ¡Una periodista que no sabe explicarse bien! ¡Santo Dios, una auténtica catástrofe! Porque, vamos a ver: si no puedo explicarme bien y por tanto ya no puedo escribir en el periódico del gruñón Miky Grogan…, ¿a qué podría dedicarme yo?

—Bueno, no sé…

—¿Por qué no se dedica al cine? —propuso *mistress* Carmody.

—¡Oh!, no… ¡Qué horror, todo el mundo mirándome…! No, no… ¡Ya sé! ¡Me dedicaré a espía!

Los Carmody soltaron una carcajada.

—¡Es un buen chiste! —rió Carmody.

—¡Pero qué simpática es usted! —Hipó *mistress* Carmody—. ¡Qué simpática, vamos…! ¡Mira que decir que se va a dedicar a espía…! ¡Es usted graciosísima, Brigitte!

—¿Verdad que sí? —rió también la agente Baby—. ¡Qué cosas más tontas se me ocurren!

FIN

Notas

[1] Véase *Su majestad Baby* de esta serie. <<